

Capítulo 28. La crisis de 1933: ¿Por qué fracasó el boicot antinazi?

Marzo de 1933: la primera fase del boicot antinazi • Los occidentales corren a complacer a Hitler • Los sionistas laboristas corren a salvar a Hitler • Abril: el boicot crece • Mayo: el boicot crece más • Junio: el asesinato de Arlosoroff y sus consecuencias • Julio – agosto: neutralizando a Melchett y Untermyer • Agosto – septiembre: el 18 Congreso Sionista • Septiembre: Stephen Wise le da el golpe de gracia al boicot • Apéndice: ¿Quién mató a Arlosoroff?

Oigan pues la voz del Señor, socarrones que gobiernan a este pueblo en Jerusalén. Porque han dicho, “Hicimos un pacto con la muerte, y con el Infierno llegamos a un acuerdo; cuando la calamidad aplastante pase por aquí, no vendrá hasta nosotros; pues las mentiras son nuestro amparo y en la falsedad nos hemos refugiado.”

—*Isaías* (28.14-15)

Al momento de tomar Hitler el poder se organizó en todo Occidente, y en otras partes del mundo también, un boicot masivo de bienes y servicios alemanes para protestar el maltrato a los judíos alemanes. Salvando fronteras y océanos, toda variedad de judíos comunes se unieron en común abrazo con muchísimos gentiles para estrangular económicamente a Alemania. Del otro lado, los nazis y sus simpatizantes en las

clases gobernantes occidentales lucharon para vencer el boicot. Para los participantes de ambos lados era obvio que la palanca en disputa descansaba sobre un fulcro histórico, pues estaba en juego la supervivencia misma del recién nacido Tercer Reich, y eso explica la emoción con la que empujaron a favor y en contra. Con su enorme esfuerzo, y con la resonancia que encontraron en las multitudes occidentales, los boicotistas estuvieron a punto de destruir al sistema nazi en la cuna—y salvar al mundo—. Pero el boicot se desinfló, y justo a tiempo para rescatar a Hitler.

Como portento sobre el curso futuro de Europa, y como factor determinante empujando al planeta hacia la Segunda Guerra Mundial, la derrota del boicot puede compararse en importancia, de hecho, con la derrota de la República Española. No obstante aquello, lo más probable es que mis lectores, inclusive mis lectores judíos, no hayan escuchado jamás sobre este dramático movimiento *global*.

¿Por qué?

La consciencia histórica se adquiere al transitar el sistema educativo. Sobre el tema de la Segunda Guerra Mundial nuestros sistemas educativos han sido decisivamente influenciados por dos figuras importantes: Winston Churchill y William Shirer. Ninguno menciona el boicot antinazi.

¿No dicen que la historia la escriben los vencedores? Winston Churchill, epítome del gran vencedor, plasmó su versión de los eventos en su magnum opus *La Segunda Guerra Mundial* (beatificado con el Premio Nobel de literatura). *The Gathering Storm*, la porción más leída, vendió sus primeras 200,000 copias en Gran Bretaña en tan solo dos semanas. A

partir de ahí fue seriado en revistas y periódicos en todo el mundo y traducido a todos los principales idiomas, “con el resultado,” explica el historiador David Reynolds, “de que ‘Churchill el historiador yace en el corazón de toda la historiografía de la Segunda Guerra Mundial’ ”¹ (INTRO A LA PARTE 5). Una búsqueda electrónica en *The Gathering Storm* establece que la palabra ‘boicot’ aparece una sola vez, y no es en referencia a los eventos de 1933.²

A su vez guiado por Churchill, la otra gran influencia sobre nuestra educación es el bestseller internacional *Auge y Caída del Tercer Reich*, de William Shirer, el cual “ha adquirido la reputación de ‘el libro de historia más vendido que se haya escrito en tiempos modernos.’ ” Este libro, es “más que otro volumen de historia, [es] una institución literaria singular.”³ Es *cultura*. Dicho de otra forma, inclusive quienes no se cuenten entre sus muchos millones de lectores verán la guerra mundial a través de sus ojos, pues Shirer ha formado a los educadores y sus procesos de instrucción (CAPÍTULO 12). Pero en 1250 páginas ni siquiera *una* menciona el boicot antinazi de 1933, o sea que el boicot ha sido borrado de nuestra memoria cultural.*

Para quien—leyendo más allá de Churchill, Shirer, y sus discípulos—logre enterarse de aquel momento cumbre cuando los ciudadanos de Occidente estuvieron a punto, con su boicot de 1933, de evitarnos la Segunda Guerra Mundial, la

* Sí alude al boicot de Hitler contra los judíos alemanes, iniciado el primero de abril de 1933, pero omite mencionar que esto era *en represalia* por el boicot mundial que estrangulaba al Tercer Reich (Shirer 1960:203).

pregunta natural es la siguiente: ¿por qué no pudo consolidarse la victoria? La respuesta es corta (y la explicación muy larga): *porque varios de los líderes judíos establecidos sabotearon el boicot*. Estamos hablando de las cabezas de las principales organizaciones de la diáspora y del movimiento sionista laborista. Enfatizo *laborista*, pues había otro movimiento sionista, el revisionista, con una ideología distinta (CAPÍTULO 27). El último sí apoyó el boicot con todas sus fuerzas.

Ver a tantos líderes judíos ‘establecidos’ sabotear el boicot desmoralizó a muchos gentiles que de otra manera se hubieran aliado con el esfuerzo antinazi, y también disuadió a muchos judíos, con lo cual no se alcanzó la masa crítica que precisaba la derrota del Tercer Reich. Con todo y eso faltó muy poco para tener éxito, por lo cual no puede controvertirse que la intervención de los líderes judíos fuera decisiva.

El relator de estos acontecimientos es el historiador judío Edwin Black en su importante trabajo: *El Pacto de Transferencia: La Historia Dramática del Acuerdo entre el Tercer Reich y la Palestina Judía*. Aquí resumiremos su investigación. El relato es una película de suspenso: en cada escena la víctima, el pueblo judío europeo, casi escapa, pero al doblar la esquina ahí está de nuevo su verdugo. Y al destaparle la máscara...

Lo que sigue no es fácil de digerir, y mucho menos para mis lectores judíos. Requiere de mucho contexto, y ese contexto incluye los otros capítulos de esta PARTE 7.

Marzo de 1933: la primera fase del boicot

En marzo de 1933, luego de convertirse en canciller alemán, Hitler puso en marcha un autogolpe para coronarse emperador absoluto. Mandó incendiar el *Reichstag* y culpó a los comunistas para con ello decretar poderes de emergencia y ‘proteger’ a Alemania de una presunta revolución bolchevique. Sus nazis pudieron entonces servirse del Estado y desplegar su amenaza paramilitar en las calles; los otros partidos no tuvieron derecho ni a campaña electoral. Solo con esta ventaja colosal, en el contexto de una histeria anticomunista (y antijudía), a la mitad de una Gran Depresión vuelta imposiblemente aguda en Alemania (debido a las políticas occidentales), y con el apoyo de otros partidos conservadores—solo así logró Hitler, a muy duras penas, una escasa mayoría gobernante en el parlamento (CAPÍTULO 11)—.

Las metas de Hitler eran muy públicas, y en cuanto subió al poder empezó a cumplir su palabra con ataques inmediatos contra los judíos alemanes: “algunos miles... fueron robados, apaleados, o asesinados durante los primeros meses.”⁴ Las democracias fueron inundadas de reportes sobre estos ultrajes. ¿Qué hacer? Ésa era la pregunta para los líderes de las comunidades judías de Occidente.

La reacción estadounidense

Hitler era canciller pero no todavía monarca absoluto; su apoyo en el *Reichstag* dejaba todavía mucho que desear, y esperaba conseguir la súper mayoría que precisaba con una ronda de elecciones parlamentarias. En anticipación de eso, los líderes de las tres organizaciones más importantes de la judería

estadounidense—el Comité Judío Americano, el B’nai B’rith, y el Congreso Judío Americano—convocaron una cumbre. El tema: ¿Qué vamos a hacer?

Dos representantes de los congresistas, expresando la ira de sus filas, pugnaron por organizar protestas para anunciar a los alemanes que un voto a favor de los nazis tendría consecuencias. Pero B’nai B’rith y el Comité Judío Americano rechazaron la idea. Ésa fue la coartada de Stephen Wise, líder del Congreso Judío Americano, para resistir la presión de su propia gente y acordar con sus pares de las otras dos organizaciones que esperarían a ver lo que sucedía en Alemania.⁵ ¿Esperar a qué? En Alemania las cosas ya sucedían. Las tropas de asalto nazi arremetían contra los judíos alemanes durante la campaña electoral, y el 5 de marzo de las elecciones, el *Verein Central* (‘Comité Central’)—la organización judía más grande de Alemania—publicó un reporte sobre estos ultrajes, prediciendo que habría más. Los nazis cumplieron saqueando las oficinas del *Verein Central*.

Ya contados los votos el partido nazi se apoderó de todas las instituciones alemanas. El 8 y 9 de marzo las tropas de asalto de Hitler se volcaron sobre las provincias y las ciudades con “acciones antijudías bien organizadas en Essen, Magdeburgo, y Berlín.”⁶ Pero aquí el detalle crucial: extralimitarse era peligroso para los nazis pues podía generar una respuesta cara. Hermann Goering, obviamente temiendo la reacción estadounidense, se reunió dos veces con los líderes del *Verein Central* para prometer que todo se calmaría. Pero los nazis se habían propasado y la reacción estadounidense fermentaba ya: el 12 de marzo el Congreso Judío Americano aprobó un programa de protestas y marchas que habría de

culminar en una enorme demostración en el estadio de Madison Square Garden (Nueva York) el 27 del mismo mes. *Un vicepresidente del Congreso Judío Americano, el Dr. Joseph Tenenbaum, declaró a los periodistas que lanzaría un gran boicot contra Alemania si continuaba la violencia antijudía.*⁷

Al instante, los dirigentes del Comité Judío Americano y el B'nai B'rith convocaron otra cumbre para *oponerse* a cualquier boicot. ¿Y el líder del Congreso Judío Americano? ¿Qué hizo Stephen Wise en esa cumbre? Se opuso también al boicot. Dijo que su amigo Louis Brandeis, juez de la Suprema Corte, aconsejaba no molestar todavía al nuevo presidente Franklin Delano Roosevelt (también amigo de Wise). Los congresistas, las filas de Wise, insistieron en marchar. *Wise se opuso.* Será mejor, propuso, una declaración conjunta de protesta y ya. Una mayoría aplastante de su Congreso Judío Americano rechazó eso y votó a favor de la marcha. El Comité y B'nai B'rith reviraron anunciando a la mañana siguiente que se desvinculaban del Congreso “y de cualquier protesta judía organizada contra Hitler.”⁸

¿Cómo entender el comportamiento de la dirigencia judía?

Hagamos un paréntesis. En esta primera reacción tenemos toda la estructura que habría de repetirse en los siguientes meses, una y otra vez, con apabullante consistencia: las filas del Congreso Judío Americano pidiendo protestas y boicots antinazis; los líderes del Comité Judío Americano y el B'nai B'rith oponiéndose con pasión, asistidos de un Stephen Wise que mueve viento y marea con tal de sabotear los deseos de protesta de su propio Congreso. Más generalmente, los judíos

comunes agitando, de un lado, a favor del boicot, y sus líderes corriendo del otro muy decididos a sabotearlo. ¿Por qué?

Explicemos primero el contexto estadounidense, pues su estructura es idéntica a la manifestada en otras partes.

Los encargados del Comité Judío Americano y del B'nai B'rith eran inmigrantes de familias adineradas alemanas muy asimiladas a la clase gobernante gentil. El proceso de asimilación los había desligado y distanciado de sus hermanos a la vez más humildes y religiosos, y aprendían a verlos a través del prisma antisemita que adoptaban de sus poderosos amigos gentiles. Así, expresaban un desprecio profundo por las orgullosas masas hebreas que se apretaban en la tercera organización: el Congreso Judío Americano (CAPÍTULO 27). O sea que los dirigentes del Comité y de B'nai B'rith eran menos líderes que ‘capataces’ de los judíos, responsables no ante su pueblo sino ante la élite gobernante gentil. Para no ofender a Roosevelt y su círculo, se oponían a “cualquier protesta judía organizada contra Hitler.”

El Congreso era distinto. Su membrecía, la más grande, rebosaba de judíos de las clases trabajadoras y medias cuyas inclinaciones eran más tradicionales y religiosas, y cuyo corazón pugnaba por la dignidad de una confrontación frontal con los nazis. Empero, el líder supremo del Congreso era Stephen Wise, rabino del movimiento (originalmente alemán) ‘reformista,’ de perfil asimilacionista, y enemistado con el judaísmo tradicional. O sea que Wise pertenecía a la órbita cultural, religiosa, y política de sus pares en la cima de las otras dos organizaciones y tenía poco en común con sus propias filas (CAPÍTULO 27).

Esa órbita de Wise abarcaba a la mayoría de los judíos acomodados que de forma cotidiana se relacionaban con la élite de poder gentil. Por citar tan solo un ejemplo importante (veremos otros), Adolfo Ochs, yerno de un importante líder del judaísmo reformista en Estados Unidos, y dueño del *New York Times*, estableció en su periódico “un patrón de limitar la discusión de las depredaciones nazis contra los judíos.”⁹

Para disculpar las acciones de Stephen Wise y colegas, sus apologistas, hartos numerosos, nos ofrecen un sinfín de ‘razones.’ Tienen derecho a sus opiniones, pero lo más honesto será defenderlas sin omitir el contexto político contemporáneo.

El contexto más importante es que, por aquellas fechas, gracias a la disolución en curso del Partido Católico del Centro (cuya política había sido frontalmente antinazi), Hitler se acercaba al momento cumbre en que el *Reichstag* lo coronaría rey absoluto: la Ley de Plenos Poderes estaba a unos días de aprobarse (CAPÍTULO 11). Pero la situación era frágil para los nazis. Goebbels escribió en su diario: “ ‘La propaganda extranjera de horrores’—es decir, las acusaciones enteramente merecidas contra los nazis por su maltrato a los judíos alemanes—“nos está causando muchos problemas.’ ”¹⁰ No exageraba (si algo entendía, era la propaganda). Con la economía quebrada y muchos alemanes en contra de los nazis, era imperativo que el *führer* los empleara. Si el boicot se lo impedía, Hitler posaría su iracundo trasero en un trono de tres patas para ser luego depuesto en una nueva revolución. En este contexto, la testaruda oposición en contra de cualquier boicot que expresaban los líderes del Comité, de B’nai B’rith, y de Stephen Wise lo que hacía era *rescatar a Hitler*.

Cuando los líderes oficiales no actúan, las masas a veces encuentran otros. Fue una organización pequeña y cercana al pulso de las masas, Veteranos de Guerra Judíos (*Jewish War Veterans*)—conformada por hebreos guerreros, curtidos en lucha contra Alemania durante la Primera Guerra Mundial—quien votara *unánimemente*, el 18 de marzo, por lanzar un boicot nacional de bienes y servicios alemanes. ‘El ratón que rugió.’ A partir de aquí las masas judías agitaron y organizan con brío y regocijo por crecer el boicot y empujar a Hitler al precipicio.

Lo tiraron al vacío, pero lo izaron a salvo los ‘líderes’ judíos.

La oposición al boicot se triangula

Con su declaración de boicot los Veteranos buscaban un *fait accompli*, un hecho consumado desbocando en proceso irreversible. No era quimera: la *gente* del Congreso Judío Americano—inclusive, de hecho, la mayoría de sus líderes—agitaban ya casi todos por el boicot. Y ésta era (por mucho) la organización más grande. Solo Stephen Wise en la cima se interponía. Pero, ¿cómo resistir?

Sus colegas europeos le enseñaron cómo.

Cual relámpago, al día siguiente de la declaración de boicot de los Veteranos, se reunió en París “un grupo de organizaciones judías europeas análogas al Comité Judío Americano y al B’nai B’rith.” *Análogas*. O sea, timoneadas por judíos adinerados, lejanos de las masas, inseguros con u hostiles hacia su propia identidad judía, y asimilados a las clases gobernantes cristianas. ¿Que se proponían? “Tratar de

apagar el creciente movimiento de protesta que el [ejemplo del] Congreso Judío Americano estaba inspirando en el continente [europeo].” La decisión *unánime* de París en contra de cualquier denuncia infló las velas de los líderes asimilados en Estados Unidos, quienes llegaron esa misma noche a urgir calma en la conferencia de emergencia del Congreso Judío Americano: “[L]a gente del Comité en Nueva York [dijo] ahora al Congreso que las organizaciones judías más cercanas al problema no querían agitación pública contra Hitler.”¹¹

No funcionó.

[Aquellos] consejos de calma fueron enfáticamente rechazados por los delegados [del Congreso], quienes sabían muy bien que el Comité se había convertido en el megáfono—a través de amigos y parientes [en Alemania]—para la presión nazi sobre el movimiento de protesta antialemán estadounidense.—Black (1984:14)

Los congresistas hicieron porras desafiantes para festejar que—dijeran lo que fuera los representantes del Comité y de B’nai B’rith—ellos se enfrentarían a los nazis. J. George Freedman, comandante en jefe de los Veteranos de Guerra Judíos, anunció orgulloso que su organización, a iniciativa propia, había lanzado ya un boicot nacional antinazi. Joseph M. Proskauer, líder del Comité, se puso lívido y denunció la propuesta, alegando que un boicot haría peligrar más a los judíos alemanes. Fue abucheado en inglés, yiddish, y ruso.¹²

Entonces Stephen Wise intervino “para evitar la humillación total del Comité.” Prometió reescribir la declaración de protesta. ¿El resultado? “[G]racias a la influencia de Wise, el Congreso no declaró un boicot.” Los

Veteranos de Guerra Judíos entonces tomaron cartas y a su iniciativa se sumaron informalmente, pese a la oposición de Wise, *varios líderes del Congreso Judío Americano*.¹³

Comenzaba a rodar cuesta abajo una enorme y pesada piedra; Stephen Wise estiraba los brazos para contener una avalancha en su propia organización. ¿Podría aguantar?

Las masas judías piden boicot

La creciente presión de las masas judías por un boicot—contra la resistencia de sus líderes—de hecho era tremenda.

Internacional. En el Mandato Británico de Palestina, por ejemplo, la estructura era la misma: la gente quería luchar; sus líderes en la Organización Sionista se oponían.

[E]l *Yishuv*—es decir, la población judía de Palestina—no estaba siguiendo la dirección del liderazgo de la Organización Sionista. A pesar de los llamados oficiales de abstenerse de las actividades antinazi..., la gente común se negó a hacer caso. Ya en Febrero de 1933 había periódicos judíos en Palestina que urgían el boicot, y muchos comerciantes participaban.—Black (1984:122)

En la cima de la Organización Sionista se sentaba el Partido Mapai de David Ben Gurión, que igualmente controlaba la Agencia Judía, el ‘autogobierno’ judío en el Mandato Británico (CAPÍTULO 27). Ben Gurión y Mapai estaban alineados con los Sionistas Generales de Stephen Wise y con los Sionistas Radicales de Nahum Goldmann, brazo derecho de Wise. Al igual que sus aliados, Mapai no quería boicot.

Cuando los consulados alemanes desplegaron suásticas el 19 de marzo,

Judíos furiosos en Tel Aviv querían lanzarse sobre los consulados y quemar la nueva bandera alemana, pero los líderes sionistas tenían miedo de provocar a los nazis.—Black (1984:12)

¿Por qué? Según Black, “por miedo a que Berlín suprimiera la Organización Sionista en Alemania y sus esfuerzos de levantar fondos.”¹⁴ Esa explicación, como veremos, es insuficiente.

Por estas fechas Hitler intimaba que ocuparía el Corredor Polaco para tener acceso a la ciudad alemana de Danzig, en el Báltico. Los judíos de Vilna (en aquel entonces una ciudad polaca abarrotada de judíos) aprovecharon eso para darle un matiz de defensa nacional polaca a su demostración pro boicot del 20 de marzo. Ampliaron así el atractivo de su protesta con un modelo de alianza judeocristiana que—a pesar del antisemitismo—podía forjarse en el resto de Europa contra los nazis. Todo esto alzó el prestigio de los esfuerzos pro boicot de los Veteranos de Guerra Judíos en Nueva York.¹⁵

Pero en EEUU “los líderes influyentes y prominentes” del Comité Judío Americano y el B’nai B’rith, impugnaron (nuevamente) el boicot y así protegieron la inacción oficial.¹⁶ Stephen Wise—de hecho el líder judío más importante del país—aseguró al Departamento de Estado que no exigiría represalias diplomáticas contra Alemania hasta que el Departamento pudiera verificar los reportes de atrocidades.¹⁷ ¿Verificar qué? Los ultrajes antijudíos—expresión misma de la ideología que de viva voz declamaban los nazis—sucedían a

luz plena. Wise le daba una salida a los antisemitas que pululaban en el Departamento de Estado.

Como siempre en la política, había que guardar ciertas apariencias. William Phillips, subsecretario de Estado, se entrevistó con Wise para anunciar luego en conferencia de prensa:

“A consecuencia de la visita del Rabino Stephen S. Wise, el Departamento ha informado a la embajada estadounidense en Berlín de los reportes de prensa sobre el maltrato de judíos en Alemania... [y] la preocupación profunda que causan aquellos reportes en este país. El Departamento ha dado instrucciones a la embajada de preparar... un reporte completo de la situación.”—citado en Black (1984:17)

Ésa fue la pantalla. En vez de un “reporte completo de la situación” el Secretario de Estado Cordell Hull pidió a su *chargé d'affaires* en Berlín, George A. Gordon, que enviara un reporte favorable, “*justificado o no*,” sobre la situación en Alemania, “para calmar a los enfurecidos grupos judíos” (énfasis mío). Hull calculaba que “si pudiera hacerse alguna declaración apaciguadora a la prensa”—es decir, sugiriendo que las cosas no andaban tan mal en Alemania, y que estaban mejorando—“quizá pudiera cancelarse la ‘demostración monstruosamente masiva’ que Wise”—o mejor dicho, la gente de su Congreso Judío Americano—“había programado para el 27 de marzo.”¹⁸ Quizá, entonces, Hull no tendría que ceder a la presión para protestar formalmente ante el gobierno alemán.

Desde Berlín, Gordon explicó a Hull que los judíos alemanes pronto serían expulsados de las profesiones, que las denegaciones de los nazis eran “absurdas,” y que las

repeticiones de las mismas por grupos judíos alemanes sin duda eran coercidas. *Pero ojo*: Gordon no buscaba convencer a Cordell Hull de protestar—por el contrario—. Con cabal cinismo, Gordon sugirió a su jefe apoyarse en las denegaciones timoratas de los coercidos judíos alemanes cuando declarara al público estadounidense que no pasaba nada. Luego se reunió en Berlín “con sus contrapartes de otros países” y logró un consenso “contra cualquier esfuerzo en aquellos países de utilizar el canal diplomático para protestar en contra de Adolfo Hitler.”¹⁹

Ante la inacción oficial, los Veteranos de Guerra Judíos organizaron una marcha el 23 de marzo en Nueva York, en el momento preciso en que el *Reichstag*—con la aprobación de la Ley de Plenos Poderes—invertía a Hitler con poder absoluto. *La marcha fue un éxito rotundo*: muchas personalidades importantes se unieron al esfuerzo y la recepción de las masas fue electrificante.

En solidaridad, W.W. Cohen, vicepresidente del Congreso Judío Americano, aceptó la posición de mariscal de la marcha. Lo hizo bajo su propia iniciativa ya que Stephen Wise continuaba oponiéndose a comprometer su Congreso con el boicot como tal... Pero la visibilidad de Cohen de cualquier manera asoció al poderoso Congreso con las pancartas y mantas de los Veteranos de Guerra Judíos que proclamaban guerra económica contra Alemania.—Black (1984:20).

La inauguración del boicot generó mucha prensa encendió el entusiasmo de gente prominente, con lo cual se reclutó apoyo considerable de judíos y no judíos.

La emoción de este movimiento *mundial* de masa en defensa del pueblo judío recordaba el Caso Dreyfuss (CAPÍTULO 17), o la campaña en contra de la propaganda antisemita de Henry Ford (CAPÍTULO 7). En Varsovia se discutía si todo Polonia habría de unirse a los boicots organizados en Vilna y Nueva York. Gracias a los esfuerzos de aguerridos judíos, movimientos de boicot también se gestionaban en otros lados: “en Lituania, Francia, Holanda, Gran Bretaña, y Egipto.” Se vieron resultados inmediatos contra las líneas de cargamento alemanas en Nueva York. Los sindicalistas británicos y líderes del Partido Laborista tapizaron Londres con letreros: BOICOT A LOS PRODUCTOS ALEMANES. Se cancelaron muchos pedidos. Al siguiente día, 24 de marzo, letreros pro boicot adornaban inclusive las zonas exclusivas de Londres.²⁰

¿Quién salvaría a los nazis?

Los nazis designan a sus salvadores

Goering citó en su oficina a los líderes de las tres principales organizaciones de la judería alemana. No estaba, entre ellas, la Organización Sionista; los nazis despreciaban su influencia porque en 1933 el sionismo alemán era “un pequeñísimo movimiento en la periferia.”²¹ Periféricos pero audaces: los sionistas se movilizaron rápido para que el presidente de la Federación Sionista Alemana, Kurt Blumenfeld, fuera incluido en la junta con Goering.

Manteniendo a sus ‘invitados’ de pie, Goering los responsabilizó del alboroto contra Alemania y amenazó: “ ‘Si no le ponen fin a estas acusaciones difamatorias inmediatamente, ¡ya no podré garantizar la seguridad de los

judíos alemanes!’ ” *Si nos acusan de atacar a los judíos, atacaremos a los judíos* (los privados de ironía se satirizan solos). Les informó que irían a Londres y luego a Estados Unidos a insistir que en Alemania no pasaba nada. Al sionista (¡laborista!) Blumenfeld se le prendió el foco cuando vio que Goering se preocupaba sobre todo por la influencia del Congreso Judío Americano. Ése era al punto de apoyo, explicó servicialmente Blumenfeld. Después de todo Stephen Wise era “piedra angular del movimiento sionista estadounidense.”²²

[Con esto] cambi[ó] para siempre la relación entre los nazis y los sionistas. Repentinamente quedó claro que el grupo judío que el Reich había estado ignorando era aquel con el que había que negociar para combatir la presencia de los judíos en Alemania. Después de todo, tanto nazis como sionistas estaban de acuerdo en que los judíos no debían estar en Alemania.— Black (1984:36).

Blumenfeld y los otros tres, obedientes, movilizaron sus organizaciones e inundaron Gran Bretaña y Estados Unidos con denegaciones de los reportes de maltrato a los judíos. Viajaron a Londres y desde ahí, la mañana misma del 27 de marzo, llamaron a Wise.

El vicepresidente del *Verein Central* [Comité Central de los judíos alemanes] ya viajaba por Estados Unidos (ostensiblemente de negocios) para ayudar a restringir el fervor judío estadounidense de protesta. Cuando se enteró de la orden de Goering, le mandó también un cable a Stephen Wise rogándole que si la demostración [programada para esa noche en Madison Square Garden] no podía cancelarse, que los ponentes por lo menos “evitaran alborotar las

emociones del público contra Alemania.”—Black (1984:37, 79)

A Wise también lo presionaban los líderes del Comité y de B’nai B’rith, y el Secretario de Estado Cordell Hull. Pero Wise estaba en un aprieto: su propio vicepresidente Bernard Deutsch declaraba “despreciable” el esfuerzo por convencerlos de que todo estaba bien en Alemania. ¿Qué hacer? La demostración ya no podía cancelarse. Pero dentro de ciertos límites Wise podía hacer lo que pedía Wallach del Comité Central alemán: aquietar las emociones.²³

Al anochecer, el estadio neoyorquino de Madison Square Garden reventaba de gente. Desde el centro, proyectando su discurso cumbre en los altavoces, Wise parecía profeta, celebrando las erupciones y terremotos de aquel volcán social que le servía de pódium. No había alternativa. De oponerse vocalmente a la protesta antinazi Wise se habría desprestigiado mortalmente y al instante. Pero dentro de sus límites hacía lo posible. Escribe Black que “sorprendió a muchos descartando algunas de las técnicas dramáticas que acostumbraba” (su histrionismo era famoso), y “al principio,” inclusive, “habló de forma conciliatoria.” A diferencia de otros oradores, no ridiculizó a los nazis. Tampoco los amenazó. Y tuvo cuidado de sabotear el boicot.

No se dijo una palabra directa sobre el boicot contra Alemania..., ni se alentó el boicot de los Veteranos de Guerra Judíos, ni el boicot polaco, aunque fuera una oportunidad para expandir muchísimo estos movimientos. *La decisión fue de Stephen Wise.*— Black (1984:44-46; énfasis mío)

Pero las masas estaban demasiado emocionadas. Pese a la enérgica oposición de Wise y otros líderes, el boicot antinazi comenzó con entusiasmo. A los pocos días los Veteranos ya podían demostrar \$2 millones en pedidos alemanes cancelados.

Los nazis contestaron como nazis: si continuaba la campaña antialemana, anunciaron, el 1 de abril comenzaría un gran boicot de represalia contra los judíos alemanes. Algunos entusiastas en las filas nazis no se esperaron y estalló una fiebre de boicots informales y expulsiones de judíos alemanes a partir del anuncio. Los nazis, claro está, planeaban hacer todo esto—pero *no en 1933*—. Las cosas se habían adelantado debido a la reacción mundial, y el peligro era que eso llevara al Tercer Reich a su destrucción.²⁴

Aquella reacción, recalco, *era del pueblo judío y de sus aliados comunes y corrientes entre las poblaciones gentiles*. No contaban con el apoyo de los principales líderes judíos. Ni de los gobiernos occidentales.

Ni de la Iglesia Católica.

El boicot, dijo Saul Friedländer, era “ ‘el mayor sondeo a escala nacional de la actitud de las iglesias cristianas hacia la situación de los judíos bajo el nuevo gobierno.’ ” John Cornwell comenta: “Aun así, durante las deliberaciones de Hitler con representantes cristianos acerca de las futuras relaciones de su régimen con las iglesias,” deliberaciones que sucedían en ese mismo instante, “ni en Alemania ni en Roma se alzó una sola palabra de protesta [eclesiástica] contra esa primera persecución sistemática y generalizada de los judíos.”²⁵ Y era gracias, precisamente, a la intervención del cardenal secretario de Estado, Eugenio Pacelli, que el Partido

Católico del Centro se había disuelto, y con ello la resistencia católica a los nazis en Alemania, desembocando en la aprobación de la Ley de Plenos Poderes. Estaba pendiente la negociación de un gran concordato vaticano con el Tercer Reich (CAPÍTULO 11). La Iglesia no apoyaría un boicot contra Alemania.

Los gobiernos occidentales corren a complacer a Hitler

Era la Gran Depresión, el más repentino y profundo colapso económico jamás visto en Occidente moderno. Ningún país había sido apaleado peor que Alemania. Perseguir a los judíos alemanes, harto productivos, era un autogol, y ahora muchos ‘arios’ que el partido nazi había prometido emplear se quedaban sin trabajo. Además, para el 29 de marzo podía verse la operación de un ciclo de refuerzo: los ataques antijudíos soplaban oxígeno a bocanadas para la combustión antinazi, misma que al arder estimulaba más ataques antijudíos en Alemania, creciendo nuevamente el boicot antialemán, y así sucesivamente.²⁶ *Alemania no podía ganar esta contienda*. Pero Hitler no tomaba decisiones porque fueran buenas para Alemania.

La gente de Hitler aconseja desistir

Hitler prometió que su boicot antijudío sería disciplinado, sin violencia.²⁷ Pero nadie podía contener a los enardecidos nazis:

Un periódico de Leipzig ya había advertido a los judíos contra cualquier acto desafiante o provocación en

defensa propia: “Si hay algún disparo contra nuestro amado líder, todos los judíos de Alemania serán puestos inmediatamente contra la pared, y el vertedero de sangre que resultará será más espantoso que cualquier cosa que haya visto el mundo.”—Black (1984:58)

Aquel sangriento pogromo confirmaría las acusaciones extranjeras; con ello, el boicot antinazi se encendería en todo el mundo, hundiendo a Alemania. Pero no todos en el gobierno de Hitler estaban locos. El Ministerio de Justicia advirtió que el boicot antijudío era ilegal y las cortes podrían imponerse. El ministro de finanzas Hjalmar Schacht rogó a su *führer* desistir. Konstantin von Neurath, ministro de relaciones exteriores, reclutó al Presidente Hindenburg para hacer presión. Nada funcionaba. Hitler, el Ministro del Interior Frick, y Hermann Goering se obstinaban. ¿Qué hacer? Neurath presentó su renuncia. Quizá siguiera la de Hindenburg.²⁸

El gobierno caería. (En esta coyuntura, no lo olvidemos, Hitler no había establecido todavía su control total.)

Como un zombi atragantado que de pronto sufre un acceso de hipo, Hitler finalmente parpadeó. El boicot contra los judíos alemanes podría cancelarse, prometió, si en las siguientes 12 horas los líderes occidentales y judíos declaraban en público que no participarían en un boicot antinazi. A decir verdad, no había concedido nada. Antes había prometido lanzar su boicot antijudío si la agitación en su contra continuaba; ahora prometía cancelarlo si aquello cesaba. ¿No es lo mismo? ¡Pero funcionó! Neurath retiró su renuncia y prometió obtener las declaraciones que exigía Hitler.²⁹

Líderes occidentales y judíos se apresuran a cumplir

La confianza de Neurath tenía base. Los diplomáticos estadounidenses se habían estado comunicando con sus contrapartes alemanes para decirles que “ ‘el propósito de este gobierno no es interferir en... los problemas domésticos de Alemania.’ ” Querían saber si los dos gobiernos podían “ ‘hacer algo conjunta o separadamente para aliviar la situación.’ ”³⁰ Traducción: querían salvar al gobierno de Hitler. El gobierno británico, por su parte, aunque lo presionaran desde el *House of Commons* y desde el público, se comunicaba también amistoso con los alemanes. Aquel delicado gallo-gallina de la dirigencia occidental sobre la cuerda floja, explica Black, “[buscaba] producir declaraciones que no ofendieran la indignación extrema de sus ciudadanías y sin embargo lograran satisfacer a Hitler.”³¹

Cuando los alemanes comunicaron al diplomático estadounidense George Gordon el ‘nuevo’ ultimátum de su *führer*, éste recomendó Cordell Hull que se produjera de inmediato la declaración que exigía Hitler. Al mismo tiempo,

Los oficiales alemanes se comunicaban con sus embajadas en Londres, París, y Washington, urgiendo que se obtuvieran las declaraciones necesarias tanto de los líderes judíos como de los gobiernos de Gran Bretaña y Francia.—Black (1984:60)

¿Qué hacían los líderes judíos establecidos?

Los sionistas en Berlín urgían que Hitler fuera satisfecho en un telegrama a Londres que leyeron el 30 de marzo los enviados sionistas (¡laboristas!) de Goering.³² Estos últimos, instigados por Jaim Weizmann—máximo líder de la

Organización Sionista—se movilizaron para influir sobre Lord Reading y Lord Herbert Samuel, influyentes judíos británicos. Reading y Samuel emitieron una declaración pública:

“ ‘despreciamos los reportes exagerados sobre lo que sucede [en Alemania] y los intentos de boicotear bienes alemanes.’ ”³³

Reading había estado haciendo mucho ruido contra Alemania en el *House of Commons*, o sea que para él esto era una voltereta. No así para Samuel. Algunos años atrás él había fungido como Alto Comisionado—es decir, gobernante británico—de Palestina, y bajo órdenes de Winston Churchill había elevado a Hajj Amín al Husseini al puesto de Muftí de Jerusalén luego de que Husseini organizara oleadas terroristas contra los judíos del Mandato (CAPÍTULOS 2 y 15). Edwin Black califica a Samuel de “gran amigo del movimiento sionista”; eso puede traducirse, con mayor precisión, así: Samuel era aliado de Stephen Wise, Jaim Weizmann, y David Ben Gurión—de los líderes sionistas *laboristas* que hacían la voluntad británica (CAPÍTULO 27)—.³⁴ La declaración abajada de Reading y Samuel a favor de los nazis—¡y en nombre de los judíos británicos!—cubría la espalda del ministro de relaciones exteriores británico, quien envió entonces una carta oficial al embajador alemán respaldando la posición antiboicot.

Los líderes británicos habían cumplido.

Mientras tanto, los sionistas despachados por Goering habían enviado “telegramas a Stephen Wise [en EEUU] y a la Agencia Judía en Jerusalén” para componer las otras esquinas del terreno, “instruyéndoles notificaran formalmente a Adolfo Hitler que no se organizaría un boicot antialemán.” Cuando la Agencia Judía acató la orden los periódicos en Palestina publicaron lo sucedido. De aquí en adelante

cambió la naturaleza del boicot en Palestina, convirtiéndose rápidamente en un movimiento de masa que se extendía *a pesar* del liderazgo sionista. O sea que no era distinto al boicot en Estados Unidos y en muchos otros países: la gente quería el boicot y la pelea; los líderes se rehusaban.—Black (1984:81, 122)

En Estados Unidos Wise mantuvo silencio. Edwin Black curiosamente lo interpreta como una valiente postura antinazi: Wise se rehusaba a pronunciar la rendición exigida por Hitler.³⁵ Pero ese mismo silencio—sobre todo en el contexto de todo lo anterior (y de lo que sigue)—puede interpretarse así: *Stephen Wise se rehusaba a apoyar el boicot contra Alemania que su propio Congreso Judío Americano a grito pelado le exigía.*

Sus colegas en el liderazgo establecido de la comunidad, menos presionados por su gente, corrieron a condenar explícitamente el boicot antinazi. Cyrus Adler declaraba el 31 de marzo:

“El Comité Judío Americano, del que soy presidente, no ha tomado parte en las protestas. Ninguna organización responsable en Estados Unidos ha sugerido un boicot [antinazi]. Hemos venido haciendo, y hacemos, todo lo posible por contrarrestar la agitación.”—citado en Black (1984:63-64)

La embajada alemana se lo comunicó a Neurath. Los líderes judíos estadounidenses habían cumplido.

Pero aunque obtuviera lo que pedía, ¡Hitler se negaba a cancelar su boicot antijudío! Entonces recibieron en Alemania, a última hora, la declaración que planeaba publicar el gobierno

estadounidense a la mañana siguiente, donde aseguraba que las acusaciones contra Alemania eran “ ‘exageradas’ ” y se lamentaba el incipiente boicot antinazi, afirmando que “ ‘si nosotros demostramos un espíritu de moderación’ ”—es decir, si nos abstenemos de un boicot antinazi—“ ‘podemos inducir un espíritu de moderación en otras partes’ ”—o sea, podemos convencer a los nazis de que cancelen su boicot antijudío—.³⁶

Los líderes estadounidenses habían cumplido.

Pero reiteramos que estas eran comunicaciones diplomáticas con Alemania; estadounidenses y británicos no habían *publicado* todavía sus declaraciones. Esperaban todavía un poco porque temían quedar expuestos a la ira de sus ciudadanías, por lo cual Roosevelt condicionó la publicación de su declaración a una promesa alemana firme sobre la cancelación del boicot antijudío. Se reclutó nuevamente a Hindenburg para hacer presión sobre Hitler. Pero éste, echando ojo sin duda a sus filas—hileras e hileras de fieras nazis de hocico babeante que esperaban ya su almuerzo judío—, decidió mejor no cancelar, y propuso nada más un breve moratorio: si para el 5 de abril había disminuido la agitación contra el Tercer Reich, dijo, disolvería su boicot. “Sin embargo, el proceso de expulsar a los judíos de las profesiones y destruir su lugar en la sociedad alemana comenzaría de inmediato.”³⁷

Éste es uno de esos momentos absurdos que se repetirían hasta el cansancio durante los 1930s: los líderes occidentales corriendo a proteger a Hitler, entregándole en bandeja de plata todo lo necesario para salvarse, y Hitler, como loco de camisa de fuerza que era, rechazando a sus padrinos y apresurando su suicidio, forzándolos a correr nuevamente

como gallinas descabezadas para encontrar otra forma de salvarlo (CAPÍTULO 13).

Unas horas después Hitler anunció que ni siquiera habría moratorio. En estas condiciones, los gobiernos occidentales ya no podrían publicar sus declaraciones, pero—y que no se pierda de vista—¡los estadounidenses se disculparon con Hitler si acaso el problema había sido una demora en pronunciarse!³⁸

El 1 de abril es *April Fool's*, o el día de los ‘santos inocentes’ en Estados Unidos. Se lo toman muy en serio, organizando fraudes espectaculares como hacemos también los mexicanos el 28 de diciembre. Quizá los nazis tomaron eso en cuenta: en su último anuncio prometieron que el boicot se limitaría al 1 de abril y que se haría sin violencia.

Los sionistas laboristas corren a salvar a Hitler

Para los sionistas, escribe Edwin Black, “de cierta forma macabra, la situación era ideal.” *¿Ideal?* El motor ideológico del movimiento sionista supuestamente era proteger al pueblo judío de persecuciones y matanzas. La situación que nos refiere Black era que los judíos alemanes estaban siendo destituidos, robados, perseguidos, excluidos, e inclusive asesinados. ¿Cómo entonces podían los sionistas—*laboristas* (ojo)—considerar eso *ideal*?

La razón es que los sionistas laboristas querían importar judíos alemanes porque, como explica Black, “no eran campesinos rusos paupérrimos ni comerciantes polacos de

clase baja y con poco dinero,”³⁹ ni tampoco, como aquellos otros, tradicionales y religiosos. Los líderes del sionismo laborista querían judíos ateos con dinero. Había solo un problema: la burguesía judía alemana, excepto por una pequeñísima minoría, no era ni marxista ni sionista, y no tenía la menor intención de irse a empujar un arado en el desierto. Los nazis resolvían el problema: ellos veían al Mandato Británico como “un campo de concentración remoto y autoregulado” a donde expulsar a esa gente; en la torcida lógica del sionismo laborista eso era “de cierta forma macabra... ideal.”⁴⁰ *Providencial*. Habría entonces que *salvar a Hitler*, saboteando el boicot antinazi a cambio de negociar la expulsión de los rejesos judíos alemanes—y su dinero—a Palestina.

El Plan

“El sionismo alemán, como movimiento,” explica Black, “se consideraba discípulo de [Jaim] Weizmann,” máximo líder de la Organización Sionista (aunque en ese momento no fuera el presidente en funciones). Un grupo de importantes sionistas alemanes emigrados a Palestina, en contacto con la Federación Sionista Alemana en Berlín, pusieron en marcha el plan más ambicioso para salvar a Hitler. Contactaron inmediatamente a Weizmann y el 30 de marzo éste ya se apalabraba “con adinerados judíos británicos,” yéndose a toda prisa después a Oriente Medio. “Sus planes secretos incluían juntas con líderes árabes, británicos, y sionistas para discutir una solución a gran escala.”⁴¹

Sam Cohen, un financiero judío que mantenía “apartamentos y cuartos de hotel” en Berlín, Praga, Tel Aviv,

Viena, Varsovia, y Londres, pero cuya residencia permanente era “un opulento castillo en Luxemburgo” y cuya compañía, Hanotaiah, contaba con desarrollos agrícolas en Palestina, fue seleccionado como líder de punta para la negociación con los nazis. (Cohen era amigo de Nahum Goldmann—brazo derecho de Stephen Wise—, a quien asistía con financiamiento). Si el estira y afloja de Sam Cohen con el enemigo era descubierto por las fuerzas del boicot antinazi, la Organización Sionista podría lavarse las manos, pues Cohen no formaba parte del gobierno sionista.⁴²

Al judío alemán quien, asustado de la persecución en su contra, optaba por salirse, todo mundo le cerraba las puertas. El plan de Cohen iba dirigido a este judío. Si elegía emigrar a Palestina, y solo ahí, buena parte de su patrimonio sería confiscado por el fisco alemán y el resto se iría a una cuenta congelada. Le dejarían, eso sí, algunos de sus bienes y £1000 para pagar su entrada al Mandato Británico de Palestina, donde, transformado en agricultor colectivista, sería integrado al experimento marxista de Jaim Weizmann y David Ben Gurión. Le gustara o no. Los fondos de la cuenta congelada comprarían bienes alemanes para desarrollar la nueva patria en Oriente Medio y vencer el boicot contra Hitler. Los sionistas laboristas se comprometían, además, a estimular el comercio alemán en Oriente Medio y a generar presión dentro de la comunidad judía en contra del movimiento antialemán.⁴³

Los nazis veían el plan con buenos ojos.

Ya comenzadas las negociaciones, los artífices decidieron que no querían entregarle tanto poder a Sam Cohen. Se reclutó a Jaim Arlosoroff—“un miembro del Comité Ejecutivo de la Agencia Judía y una de las personalidades más

respetadas en el sionismo [¡laborista!]"—para tomar cartas en el asunto, muy en secreto, y arrebatarle a Cohen su lucrativo monopolio. Al igual que Jaim Weizmann, de quien era muy amigo, Arlosoroff era un judío ruso asimilado y educado en Alemania. Fungía como ministro de relaciones exteriores de la Agencia Judía, y era miembro de su troica gobernante con David Ben Gurión y Moshe Sharett.⁴⁴

Ahora bien, no olvidemos que había otro movimiento sionista: el revisionista. Los líderes del revisionismo eran completamente distintos, pues lo había fundado Vladimir Zeev Jabotinsky en protesta contra los valores y metas de los laboristas (CAPÍTULO 27). Las diferencias los enconaban: Jaim Arlosoroff, “un enemigo especial del revisionismo,” desde 1931 había prohibido por decreto la membresía en la Unión Revisionista de Jabotinsky. Ahora las maniobras del odiado Arlosoroff y sus colegas produjeron una reacción revisionista.

Como los principales funcionarios sionistas [¡laboristas!] se rehusaban a confrontar a Hitler e insistían en continuar comerciando con Alemania, era lógico que los revisionistas se fueran a la vanguardia de la protesta.—Black (1984:122, 148)

En todo el mundo, los revisionistas se convirtieron en “un reflejo directo del activismo judío en Polonia,” donde había un gran fermento por enfrentarse a Hitler y destruir el nazismo, sentándole así un golpe contundente al movimiento antisemita mundial. Los revisionistas en Palestina agitaban “por un boicot emocional, y a menudo violento, de cualquier cosa alemana.” A finales de marzo de 1933 Jabotinsky empezó a fraguar que los revisionistas tomaran el poder en el 18 Congreso Sionista, programado para agosto-septiembre de

1933, en Praga.⁴⁵ Como había muchas divisiones internas, y una gran emergencia, el líder decidió sujetar fuerte el timón:

Jabotinsky, sabiendo que su gente lo seguiría... disolvió la estructura del liderazgo revisionista y declaró que gobernaría por decreto.—Black (1984:123)

Su plataforma: *la defensa del boicot antinazi.*

Abril: Crece el boicot

Es importante colocar el fervor de los principales líderes judíos por destruir el boicot antinazi en su contexto, pues *el boicot estaba funcionando y los nazis habían sido ya prácticamente derrotados*. Faltaba un empujón, nada más, un empujoncito, para destruir el nazismo y evitar una guerra mundial. Si los líderes judíos se declaraban a favor del boicot sería más que suficiente. Este punto es tan importante que merece la exposición cuidadosa que haremos a continuación.

Hitler asiste el boicot en su contra

Como los nazis boicoteaban a los judíos alemanes y los expulsaban de las profesiones, los países vecinos comenzaron a tener un problema de refugiados.

En las dos semanas que siguieron al 1 de abril, más de 10,000 judíos alemanes se habían escapado y precisaban de comida, ropa, organización, empleo—una base para existir.—Black (1984:71)

Esto, como antes explicamos, avivaba las brasas de la protesta internacional y prendía fuego al boicot antinazi. Un boicot alimentaba el otro. El fenómeno era internacional y era asombroso.

En la primera semana de abril hubo protestas masivas y/o agitación pro boicot antinazi en París, Estambul, Toronto, Salónica, Panamá, Mumbai (Bombay), y Nueva York. En Polonia la emoción antialemana se acompañaba de violencia. El 7 de abril, Hjalmar Schacht, ministro de finanzas, informaba a su *führer* que las reservas de moneda extranjera en Alemania se agotaban. A los tres días el gobierno británico trató de suprimir el boicot y estalló una controversia en el *House of Commons*, pues los izquierdistas británicos apoyan el boicot. El movimiento crecía. El día 13 los judíos rumanos se sumaron. El 17 la veda de comerciantes judíos contra las pieles alemanas se extiende a Bélgica. Para el 19 los yugoslavos había tanto daño que agentes nazis en aquel país trataron de lanzar un boicot interno contra los judíos—sin éxito—. Para mediados del mes Gran Bretaña ya desplazaba a Alemania como principal exportador de bienes a Dinamarca y Noruega; las ventas del Reich a Finlandia cayeron dramáticamente; muchas tiendas en Estados Unidos, no pudiendo mover su mercancía alemana, buscaron proveedores alternativos en Japón, Checoslovaquia, e Inglaterra; las exportaciones totales del Reich se desploman un 10%, y se anticipaba un desastroso mes de mayo. En Berlín, el precio de la comida se disparó.⁴⁶

En el Mandato Británico de Palestina también crecía mucho el boicot antinazi gracias a los esfuerzos del Partido Revisionista.

Doar HaYom, el periódico revisionista en Palestina, y Betar, el movimiento paramilitar juvenil revisionista, eran incesantes. Sus tácticas incluían la humillación pública de los comerciantes que importaran bienes alemanes, la solicitud masiva de promesas de boicot de comerciantes, organizar piquetes, demostraciones disruptivas, y un editorial tras otro condenando a quienes comerciaron con Hitler. Muchos miles de dólares de órdenes alemanas se cancelaron en Tel Aviv y Jerusalén nada más en los primeros días de abril. ...Para mediados de abril el cónsul alemán [en Palestina] Heinrich Wolff reportaba que el boicot estaba lastimando mucho todos los intereses económicos de Alemania en el área.—Black (1984:123)

La presión era más que económica: la situación política y militar era preocupante. El rearme alemán de hecho apenas empezaba y los alemanes estaban todavía a cinco años de poder enfrentarse siquiera a Polonia. A Neurath, ministro de relaciones exteriores, le asustaba Francia, claro, pero estaba lejos de ser su única preocupación. El 7 de abril advirtió en un memorando sobre los contornos del escenario:

Varios países vecinos contemplaban una guerra preventiva contra Alemania mientras estaba débil... El más belicoso de los invasores en potencia era Polonia... Otros vecinos al Este—Rumania, Yugoslavia, Hungría, Checoslovaquia—tendrían que ser apaciguados de alguna manera, principalmente con comercio, para evitar que se aliasen con Polonia. ...[Pero el *führer*, el mismo 7 de abril] promulgó el primer decreto formal antisemita, despidiendo sumariamente a todos los empleados judíos del gobierno.—Black (1984:97,110)

Entre el 22 y 25 de abril las embajadas alemanas en Roma, Varsovia, y Praga informaban que un ataque polaco, asistido de Checoslovaquia, era probable. Los enemigos domésticos de Hitler se prestigiaban, y la embajada británica en Berlín opinó el 26 que la presión pronto rompería la llave de candado que los nazis habían aplicado a la política alemana. Era obvio que protesta y boicot eran “los únicos grilletes efectivos sobre la política nazi.”⁴⁷

Volvemos a la mecánica de reforzamiento circular: entre más apretaba Hitler, más se enfurecía la opinión internacional, educada en el liberalismo desde la Revolución Francesa; entonces el loco de Hitler, enfurecido, apretaba más. Etcétera. El boicot antinazi crecía y crecía. Faltaba un empujoncito.

Los líderes judíos empujaron fuerte—del otro lado—.

Los líderes judíos estadounidenses

A Cyrus Adler, presidente del Comité Judío Americano, a diario le llegaban cartas de sus contactos en Alemania. El mensaje: no creas los reportes, así vengan de gentiles o judíos, que afirman la supuesta exageración de la situación en Alemania. Los judíos alemanes estamos siendo perseguidos, torturados, asesinados. Ustedes que están fuera de peligro deben unirse al boicot porque solo así doblegaremos a los nazis. “Pero Adler no cambiaba su posición.” Y de hecho su Comité Judío Americano se avocó a publicar los reportes falsos que negaban que hubiese persecución.⁴⁸

Evidencia que no se podía ignorar llegó el 6 de abril cuando Adler y Alfred Cohen, presidente del B'nai

B'rith, recibieron un cable invalidando por completo las denegaciones de las atrocidades alemanas que habían enviado los líderes judíos alemanes y que el Comité [Judío Americano] había publicado—Black (1984:108)

En vez de compartir esta información con el público y retractar sus anteriores declaraciones, Adler y Cohen enviaron el cable al Secretario de Estado Cordell Hull y prometieron no decir nada. Hull se mostró agradecido.⁴⁹

Adler y el Comité continuaron impugnando en público los esfuerzos judíos de boicotear a Alemania o siquiera de organizar protesta. Se respaldaban siempre en las instrucciones de los líderes judíos alemanes de parar todas las protestas y boicots y de no hacerle caso a las historias exageradas de brutalidades nazi. Sin embargo Adler y sus colegas sabían que aquellas admoniciones de los judíos alemanes eran falsas, pronunciadas bajo garrote, y, de hecho, herramientas de la propaganda nazi.—Black (1984:108)

Sionistas laboristas y nazis: “Socios honestos”

Los líderes del Comité Ejecutivo de la Organización Sionista—laboristas—entendían, como todo mundo, que el boicot y la protesta eran la forma de frenar a Hitler.⁵⁰ Por esa razón se proponían destruir el boicot—para *salvar* a Hitler, y con ello el Plan de Transferencia de los judíos alemanes al Mandato Británico—. Esto entusiasmaba mucho a los nazis.

El *Juedische Rundschau*, periódico sionista (¡laborista!) alemán, instigado por Kurt Tuchler, hizo un llamado el 7 de abril a que sionistas y nazis fueran “ ‘socios honestos.’ ” El

sionista Tuchler tenía “muchos conocidos en el NSDAP [el partido nazi],” y a invitación suya el Barón Leopoldo von Mildenstein hizo un viaje al Mandato Británico, con lo cual inició su educación sobre los ‘asuntos judíos.’ Leería el *El Estado Judío* de Teodoro Herzl y ordenará a sus subordinados—entre ellos, Adolfo Eichmann, el futuro director de la Solución Final—que hicieran lo mismo.⁵¹ Pronto sería el encargado de ‘Asuntos Judíos’ del Tercer Reich y diseñaría “las políticas para la eliminación de la influencia judía en la vida alemana.” Su oficina sería “el precursor de la unidad antijudía de la GESTAPO que Eichmann, más tarde dirigiría.”⁵² Pero en estas fechas la política no era de exterminio sino de *emigración* a Oriente Medio, y a su regreso del Mandato Mildenstein escribió una serie en el diario de Goebbels, *Der Angriff*, apoyando esa idea. “El periódico de Goebbels estaba tan orgulloso de la serie que se acuñó una moneda conmemorativa con la suástica de un lado y la Estrella de David del otro.”⁵³

...[a partir de] abril 1933...los sionistas tenían un estatus político visiblemente protegido en Alemania. ...[Desde] la quemazón del *Reichstag* del 27 de Febrero... la mayoría de las organizaciones políticas no nazis y los periódicos sospechosos fueron disueltos. ...Las excepciones incluían al *Juedische Rundschau*... y otras publicaciones judías... [y] el *Juedische Rundschau* tenía en términos relativos [comparando con las publicaciones ‘arias’] mucha libertad editorial. ...[Más tarde, en] 1935, se le permitieron sus uniformes a la juventud sionista—el único uniforme no nazi permitido en Alemania. ...[Con] las leyes de Nuremberg de 1935... pasó a ser ilegal que un judío izara la bandera alemana... [pero] la

misma ley estipulaba que los judíos alemanes podían izar la bandera sionista, con su Estrella de David.—Black (1984:174-75)

Para Edwin Black califica esto varias veces de “tolerancia” nazi hacia los sionistas laboristas. Era más que eso, y con un ejemplo basta.

Otto von Bolschwing, “líder de la inteligencia nazi en Oriente Medio en los años previos a 1939,” firmó “un acuerdo secreto entre los nazis y Fieval Polkes, un comandante de la organización sionista militar *Haganá*.”⁵⁴ La *Haganá* había sido creada, originalmente, por Vladimir Jabotinsky para defender a los judíos de Palestina luego de los ataques árabes terroristas de 1920, pero David Ben Gurión y su gente eran quienes ahora la controlaban. Explica el historiador Christopher Simpson que “bajo el acuerdo” entre los nazis y Polkes,

se le permitiría a la *Haganá* crear campos de reclutamiento y entrenamiento para jóvenes judíos en Alemania. Estos jóvenes, así como otros judíos expulsados de Alemania por los nazis, eran alentados a emigrar a Palestina. A cambio, Polkes y el *Haganá* proporcionarían inteligencia a la SS sobre los asuntos británicos en Palestina. Los documentos capturados alemanes dicen que Polkes consideraba la persecución cada vez más brutal de los nazis contra los judíos algo que podía convertirse—temporalmente, por lo menos—en una ventaja sionista, al forzar la inmigración judía a Palestina, y además que el único sueldo de aquel comandante del *Haganá* eran los fondos de la SS.—Simpson (1988:253)

Otto von Bolschwing es quien educará a Adolfo Eichmann sobre el movimiento sionista y sobre Palestina, y

diseñará con Eichmann los primeros programas de persecución judía que luego se aplicarán con tanto éxito en toda Europa, produciendo la Solución Final.⁵⁵

El plan binacional de los sionistas laboristas

Para cualquier judío que haya recibido una educación estándar todo lo anterior es terriblemente incómodo, y motivará la búsqueda de una hipótesis exculpatoria para quienes sus textos escolares han representado como ‘héroes patrios.’ Se dirá que los líderes del sionismo laborista eran bien intencionados, que se aliaban con los nazis para destruir el boicot y coacer la emigración al Mandato de los judíos alemanes—con la confiscación de su patrimonio—porque ésta era la forma de crear un Estado judío. Edwin Black en ocasión habla así. Pero un principio universal—*los medios son los fines*, en la propuesta de Gandhi—niega que las buenas intenciones puedan justificar métodos malvados. El que un Estado judío sea deseable no permite arrebatar el dinero de los judíos alemanes, y mucho menos atropellar sus libertades y derechos humanos y civiles más básicos. Menos aún puede justificarse una alianza *con los nazis*. ¡Estamos hablando de líderes judíos! Ésta, obviamente, no era la forma de crear un Estado judío.

Pero, para colmo, los sionistas laboristas de hecho *ni siquiera buscaban un Estado judío*.

Jaim Weizmann—máximo líder sionista (¡laborista!)—explica Kenneth Levin, quería crear “algo así como Mónaco, con una universidad en vez de un casino,” y en calidad de protectorado británico.⁵⁶ Entrevistado por el *Jewish Telegraphic Agency* en 1931, relata Anita Shapira,

“Weizmann... había dicho que no sentía ni simpatía ni comprensión por la idea de una mayoría judía en Palestina y que los árabes interpretarían semejante demanda mayoritaria como una agresión.” Aquella declaración—digna de un patriota *árabe*—causó un pequeño escándalo.⁵⁷ Los líderes de Brit Shalom—intelectuales judíos “de la zona de habla alemana” liderados por Arthur Ruppín y cercanos al movimiento laborista de Ben Gurión—tampoco simpatizaban “con la idea herzliana de un Estado judío,” y alegaban en voz alta que debía apaciguarse el ‘nacionalismo’ de los musulmanes (en realidad, su racismo yihadista) dándoles mucho de lo que pedían bajo protección británica.⁵⁸ Todo lo anterior lo confirma el mismo Edwin Black: “algunas de las figuras más influyentes del sionismo,” confiesa, “eran partidarios de alguna forma de *binacionalismo*, incluidos Arthur Ruppín, David Ben Gurión, Judah Magnes, y Jaim Weizmann” (énfasis mío).⁵⁹

El 8 de abril, al día siguiente de que Kurt Tuchler exhortara a sionistas y nazis a ser “socios honestos,” Arlosoroff, líder de la Agencia Judía para negociar el Pacto de Transferencia con los nazis, organizó una junta para ‘asociar honestamente’ a Weizmann y a la Agencia Judía con otros grandes antisemitas: los jeques árabes de Oriente Medio. ¿Qué cosa vendían Arlosoroff y Weizmann? ¿Un Estado judío? Para nada: *un plan binacional*. Hablaban del “futuro glorioso” que habría “para árabes y judíos” y prometieron mucho desarrollo económico, mismo que pensaban lograr con el dinero confiscado de los judíos alemanes, traídos a la fuerza con la ayuda de los nazis.⁶⁰ Dada la ideología y poder de Hajj Amín al Husseini, amo de los musulmanes en el Mandato Británico

(CAPÍTULOS 2 y 3), el plan binacional garantizaba la continuidad de la vulnerabilidad existencial del pueblo judío.

Los británicos—patrocinadores del terrorismo musulmán y saboteadores de la autodefensa judía (CAPÍTULOS 2 y 3)—estaban encantados con la propuesta.

Arlosoroff, jurado a mantenerlo todo en secreto por el Alto Comisionado [del Mandato Británico en Palestina] Arthur Wauchope, desde marzo 1933 negociaba con el gobierno del Mandato para producir una solución binacional.—Black (1984:96, 98-99)

La visión de Herzl y Jabotinsky era un *Estado nacional judío* con superioridad demográfica judía y gobernado por judíos para que ya nadie los asesinara con impunidad, los violara, los corriera de sus casas, o los forzara a abandonar su religión. El plan de la Agencia Judía anulaba esa visión de seguridad, pues buscaba poblar la ‘patria judía’ de alemanes asimilados que despreciaban el judaísmo y no se interesaban en defenderlo, rodeándolos de árabes indoctrinados en el terrorismo antisemita más extremo por herramientas británicas como Hajj Amín al Husseini. Pero la idea de un Estado binacional se atoraba porque Husseini no cooperaba con ella: él quería exterminar judíos—y punto (y rápido)—. Nada de plan binacional.⁶¹

En Estados Unidos, mientras tanto, Stephen Wise aplicaba frenos al boicot antinazi.

Stephen Wise contra el boicot

El 12 de abril los nazis anunciaron un empuje de pureza ideológica que habría de culminar con la famosa quemazón de

libros del 10 de mayo. El Congreso Judío Americano convocó una junta de emergencia de 1000 delegados representando 600 organizaciones judías de la zona de Nueva York.

Como siempre, los delegados gritaron que el Congreso debía finalmente proclamar el boicot para que los grupos judíos pudieran organizarse. Pero nuevamente Stephen Wise se rehusó.—Black (1984:114)

El volcán bajo los pies de Wise se estremecía pero él no perdía su equilibrio. Para evitarse una revolución se pronunció de acuerdo con una gran marcha de protesta que habría de coincidir con la quemazón de libros en Alemania.⁶² Con esto, por lo menos, renovó su prestigio.

El Comité Judío Americano y el B'nai B'rith inmediatamente se opusieron inclusive a esto y lanzaron una campaña mediática para convencer a millones de judíos de no marchar. Pero había mucha emoción por la marcha y el espectáculo de protesta se volvió todavía mayor que la demostración del 27 de marzo en Madison Square Garden. Hubo mucha participación de no judíos. En la víspera,

Samuel Untermyer, uno de los líderes judíos estadounidenses más prestigiados y enérgicos, llenaba el vacío que dejaba Stephen Wise..., urgiendo a todos los estadounidenses a que vedaran los productos y servicios alemanes.—Black (1984:114-15, 119)

Hjalmar Schacht, ministro de finanzas nazi, estaba en ese momento de visita en Estados Unidos. Los organizadores de la marcha querían que se llevara una fuerte impresión. El presidente Roosevelt quería producir una impresión muy

distinta. “Según se reporta, Roosevelt le dijo [a Schacht] que Hitler era el hombre indicado para Alemania, y que nadie más podía inspirar una confianza igual.”⁶³

Mayo: el boicot crece más

En el Mandato Británico de Palestina los revisionistas hacían todo lo posible por mantener vivo el boicot contra Hitler y de hecho lo convertían “en parte de la campaña del revisionismo por crecer su apoyo popular” y tomar el poder de la Organización Sionista.

El 28 de abril... Jabotinsky expresó una condena muy fuerte de las relaciones entre el régimen nazi y Palestina. Fue el primer discurso por un judío extranjero transmitido por la radio estatal polaca. Hablando en francés y en polaco, Jabotinsky exigía un boicot rígido de los bienes alemanes, mismo que Palestina habría de liderar. Para el 10 de mayo [cuando los estadounidenses hacían su extraordinaria protesta contra los nazis] la agitación pro boicot en Palestina era tan severa que el Comité Ejecutivo del Vaad Leumi (el consejo nacional sionista de Palestina*) abrió un debate para reconsiderar su condena oficial a las actividades en pro del boicot antinazi.—Black (1984:143-44)

En el resto del mundo el movimiento cobraba vuelo. Durante el mes de mayo hubo protestas antinazi en Melbourne, Philadelphia, Buenos Aires, Varsovia, Marsella, Manchester, Newcastle, Leeds, Birmingham, Glasgow, y Londres. El boicot

* Dominado por sionistas laboristas.

crecía donde hubiera judíos para impulsarlo: Cairo, Gibraltar, Paris, Lyons, Niza, y Marsella. Los judíos argentinos abandonaban productos y servicios alemanes y transferían su dinero de bancos alemanes a argentinos. Los judíos británicos evitaban los barcos alemanes. Un anciano, el Capitán Walter Joseph Webber, creó un sistema de certificados de boicot para las tiendas británicas. Para finales de mayo los grandes sindicatos británicos declararon obligatoria la participación de sus miembros en el boicot antinazi, con beneficios para los productores locales. En Holanda los sindicalistas y el Partido Socialdemócrata hicieron lo mismo, aunque eso hiriera las exportaciones agrícolas holandesas a Alemania. En Ámsterdam dos grupos pro boicot crearon sellos antinazi en varios idiomas, utilizados internacionalmente, algo que hacían también los Veteranos de Guerra Judíos en Estados Unidos. Los joyeros judíos en Holanda dejaron de enviar sus piedras a Alemania y emplearon mejor a 4000 trabajadores holandeses, destruyendo la industria joyera alemana. “Para principios de junio de 1933, la sombra del colapso acechaba al Tercer Reich.”⁶⁴

Entonces, Jaim Arlosoroff—líder de las negociaciones de la Organización Sionista para firmar el Pacto de Transferencia y destruir el boicot antinazi—murió asesinado. *Paradoja*: su muerte salvó a Hitler.

Junio: el asesinato de Arlosoroff y sus consecuencias

El contexto era el siguiente. Se acercaba el 18 Congreso Sionista, programado en Praga para agosto-septiembre de 1933, en Praga, y ya comenzaban las elecciones para establecer

la representación proporcional de los partidos y sus delegados en aquel Congreso. Era bien sabido de todos que las fuerzas revisionistas de Jabotinsky—que ya controlaban más o menos la mitad del movimiento—estaban retando “todo el liderazgo de la Organización Sionista.” Jabotinsky planeaba “una exhortación dramática por votos plenarios durante el 18 Congreso Sionista.” Todo mundo entendía que Jabotinsky buscaría “destronar al liderazgo existente e instalarse él mismo y su círculo.” *Eso cancelaría cualquier negociación sionista con los nazis, pues los revisionistas estaban empujando el boicot. Y la Organización Sionista sería a partir de ahí el núcleo para organizar el movimiento contra el Tercer Reich. Sería el fin de Hitler.*⁶⁵

Entonces, el 16 de junio, alguien mató a Arlosoroff.

Eso resultó buenísimo para Mapai, el Partido de David Ben Gurión, “experto en la guerra política,” como bien dice Black. Mapai pudo utilizar el asesinato para crear una gran coalición alrededor de sí y en contra del revisionismo. ¿Cómo? Fácil: acusando que el asesino supuestamente era un revisionista. La Agencia Judía que Mapai controlaba, y sus aliados, las autoridades del Mandato Británico de Palestina, inmediatamente culparon y arrestaron a dos revisionistas por el asesinato. Más tarde ambos (y un tercero) serían soltados por falta de evidencia, pero bien aconseja el viejo dicho: “¡calumnia, que algo queda!”

Mapai aprovechó la tragedia al máximo. Surgió un movimiento antirevisionista de gran envergadura, uniendo a varias ideologías sionistas detrás de Mapai. Estos grupos abogaban colectivamente por expulsar a los revisionistas del sionismo. ...A Jabotinsky [el líder

del sionismo revisionista] lo representaban como personalmente responsable [del asesinato de Arlosoroff]. En panfletos lo llamaban “una bestia sangrienta e insaciable.” David Ben Gurión—que luego sería el primer ministro inaugural de Israel—admitía que “no me interesa tanto la cuestión de si Stavsky [uno de los acusados] fuera realmente el asesino, sino la cuestión de Jabotinsky.”—Black (1984:158)

Ese comentario delata que lo importante para el liderazgo laborista era pegarle a Jabotinsky un letrero que decía ‘terrorista.’ Y otro que decía ‘nazi.’

Ben Gurión acusaba que Jabotinsky tenía la responsabilidad total porque era el ‘comandante, líder, y mentor’ del revisionismo; ...las fuerzas de Mapai arremetían contra el revisionismo, etiquetándolo de fascismo que encajaba mal con el sionismo, y hostigaban a los seguidores de Jabotinsky, a quien representaban como un Hitler judío, cuyas fuerzas, decían, eran análogas a las tropas de asalto nazi. ...La verdad de las cosas es que... los revisionistas no eran quienes habían construido avenidas de cooperación comercial y política con el Tercer Reich. Eso lo habían hecho las fuerzas de Mapai.—Black (1984:158)

Y no termina ahí la hipocresía, porque las fuerzas de Mapai clamaban “por ‘vengar a nuestro Arlosoroff’ con una represalia sangrienta contra Jabotinsky.”⁶⁶

Esa propaganda contra los presuntos ‘terroristas’ de Jabotinsky hizo más fácil que Mapai, alegando tecnicismos, descalificara a muchos candidatos revisionistas en los comicios anteriores al 18 Congreso Sionista. Hubo también acusaciones

contra Mapai de fraude electoral. Los resultados: Mapai 44%, revisionistas 14%. Antes, “los revisionistas habían controlado con dificultad la mitad del movimiento, aliados con otros”; ahora habían sido “reducidos al tercer [partido] más poderoso.” Y Mapai podía formar, además, alianzas con los Sionistas Generales de Stephen Wise y Jaim Weizmann (segundo lugar en los comicios), y con los Sionistas Radicales del brazo derecho de Wise, Nahum Goldmann. El revisionismo se había convertido “en una minoría marginada en el movimiento.”⁶⁷

¿Qué queda?

Para Jabotinsky la única forma de salvar su movimiento y forzar al sionismo a unirse a la campaña antinazi era ahora por medio de una contienda de galería en el 18 Congreso mismo. Jabotinsky estaba confiado que con el mundo observando podía despertar los corazones y las consciencias de los delegados de cualquier partido.

Mapai estaba igualmente determinado a utilizar su 44% para expulsar a la comunidad revisionista entera... y transformar a la Organización Sionista en una mera extensión de Mapai. Para lograrlo, Mapai tendría que bloquear cualquier debate público de la amenaza hitleriana que pudiera convencer a los delegados a unirse emocionalmente en una coalición con los revisionistas.—Black (1984:288-89)

¿Y cómo bloquear el apoyo a los revisionistas?

Gritando *Arlosoroff, Arlosoroff, Arlosoroff*. Habría que gritar muy fuerte, porque el boicot antinazi crecía, y crecía, y crecía. Y eran los revisionistas quienes lo empujaban.

Empero, si había de doblegarse a los nazis para el invierno de 1933, como prometían los entusiastas del boicot, se

precisaba de una organización *mundial* para coordinar esfuerzos y producir un mercado donde mayoristas y productores alternativos no alemanes pudieran fácilmente encontrarse. De otra manera, pasado el momento del entusiasmo, el boicot se desbarataría. *Sorpresa*: El británico Lord Melchett y el Congreso de Sindicatos Británicos (*British Trade Unions Congress*) tomaron la iniciativa en junio y emitieron invitaciones oficiales para que los comités de boicot independientes en todo el mundo se organizaran en la Conferencia Económica Mundial Judía.⁶⁸

Julio – Agosto: neutralizando a Melchett y Untermyer

La situación del liderazgo judío en Gran Bretaña era muy parecida a la estadounidense.

En Gran Bretaña, como en Estados Unidos, el obstáculo más grande a la protesta unida y al movimiento de boicot era un grupo de líderes que timoneaban la dirección de la comunidad judía.—Black (1984:192)

Había dos organizaciones judías de especial importancia. Una de ellas, la Asociación Anglojudía, era análoga al Comité Judío Americano y a B'nai B'rith: era un grupo pequeño de ‘gentlemen’ asimilados que se autodesignaban ‘líderes’ y pretendían hablar por todos los judíos. La otra organización, el Consejo de Diputados de los Judíos Británicos (*Board of Deputies of British Jews*), era análoga al Congreso Judío Americano: contaba con representantes electos, representaba a las masas, y estaba

atiborrada de miembros que querían pelear contra los nazis. Pero en la cima de ésta había también un análogo de Stephen Wise: Neville Laski. Él y los otros dirigentes del Consejo de Diputados no querían boicot y se aliaban, igual que sus homólogos en la Asociación Anglojudía, con los antisemitas pro nazi de la clase gobernante británica.⁶⁹ *

Estos ‘líderes’ estaban todos de acuerdo en sabotear el esfuerzo de Melchett de formar una organización mundial. Ese era el punto de palanca estratégico. Para estropearlo, había que evitar la participación de las principales organizaciones judías, las únicas con el despliegue de oficinas, personal, y dinero que podía rápidamente construir la infraestructura de un boicot internacional centralmente organizado. Pero el británico Lord Melchett—que ni siquiera era judío—vaya que daba lata.

Los nazis estaban al borde. Para julio, la situación alemana se había deteriorado tanto que Hitler y sus secuaces se veían forzados a reprimir movimientos rebeldes *dentro del mismo partido nazi*. Se hablaba mucho del peligro de una “segunda revolución.” El colapso. ¿Qué faltaba? Un empujoncito. Cuando Lord Melchett buscó programar su conferencia para julio, la dirigencia anglojudía lo denunció.⁷⁰

El ‘golpe’ de Lord Melchett

A Lord Melchett le quedaba muy clara la cuestión fundamental.

* Las simpatías pro nazi de la dirigencia británica las tratamos en los CAPÍTULOS 14, 15, 16, y 17.

[Melchett] entendía que los judíos por sí solos no podrían crear un boicot exitoso, pues necesitaban ganarse la cooperación de los cristianos—imposible mientras las organizaciones judías denunciaban el boicot y una conferencia pro boicot como ilegítimas.—Black (1984:193)

Entonces Melchett decidió postergar la conferencia y se presentó el 12 de julio a la junta del Comité Exterior Conjunto (*Joint Foreign Committee – JFC*), el órgano mediante el cual las dos grandes organizaciones judías británicas decidían toda su política exterior. Les dio que si ellos no querían enfrentarse a Hitler que callaran y se hicieran a un lado para que una nueva organización se ocupara. Debieron sentir vergüenza: Melchett era un cristiano anglicano. Y tenía a las masas judías consigo.⁷¹

Después de un acrimonioso debate, la mayoría ratificó... [que] un comité *ad hoc* por encima de las autoridades anglojudías establecidas [y liderado por Melchett] decidiera la respuesta a la Alemania nazi.—Black (1984:194)

Increíble: Melchett, desde afuera, había dado un ‘golpe de Estado’ en la comunidad judía.

El liderazgo judío contraataca

No duró mucho. A los dos días los líderes judíos le dijeron a Melchett que mejor lo incluirían en el JFC, prometiendo poner más atención a las masas. El anglicano naturalmente consideraba indispensables a estos ‘líderes’ judíos establecidos, y se pronunció de acuerdo “para salvar la unidad.” Aprovechando su ascendencia judía alemana, se convierte al judaísmo para poder formar parte del JFC.⁷²

Para el 19 de julio los ‘líderes’ establecidos ya tenían a Melchett donde lo quieren, pues habían creado una estructura poblada de sionistas importantes, incluyendo al presidente de la Organización Sionista, Nahum Sokolow. (Se había considerado también incluir a Jaim Weizmann.) Ya puede uno imaginarse el efecto que tendrían estos sobre Melchett, pues era sionista como sus colegas, y entre ellos el único boicotista.⁷³

La nueva pregunta era: ¿Lograría Melchett persuadir a los líderes anglojudíos establecidos de boicotear, o convencerían aquellos a Melchett de abandonar su movimiento y unirse a su diplomacia callada?—Black (1984:209)

Manos a la obra.

La semana anterior el *Frankfurter Zeitung* había reportado que Herbert Samuel aseguraba al embajador alemán en Londres que Neville Laski y Leonard Montefiore—presidentes de las dos influyentes organizaciones judías británicas—denunciarían cualquier esfuerzo formal pro boicot. Nahum Sokolow, presidente de la Federación de Judíos Polacos en Gran Bretaña (y líder de la Organización Sionista), saboteara el ansia boicotista de su membresía.⁷⁴ Jaim Weizmann y otras figuras sionistas clave exhortaban a los Diputados de los Judíos Británicos que se opusieran al boicot.⁷⁵

Se movían a toda velocidad porque George Freedman, líder de los Veteranos de Guerra Judíos—pioneros del boicot antinazi—, y Samuel Untermyer y ya estaban en Londres “confiriendo con los boicotistas europeos.” Querían fecha para la conferencia de Melchett.⁷⁶ *Los boicotistas iban a ganar.*

Pero de pronto los líderes sionistas y los tradicionales líderes anglojudíos se enteraron de que uno de los

boicotistas se les uniría—uno a quien la gente escucharía—. Nadie podía decir que este personaje no fuera líder del movimiento antinazi. Acababa de llegar a Londres de Estados Unidos y estaba más decidido que nadie a evitar que sucediera la Conferencia Económica Mundial Judía [de Melchett]. Se trataba del Rabino Stephen Wise.—Black (1984:201)

Aquí hace falta corregir un poco la prosa de Black. Es él mismo quien detalla cómo Wise *se había venido oponiendo con perfecta consistencia al boicot*, pese a toda la militancia de su Congreso Judío Americano. *No era, en absoluto, “uno de los boicotistas.”* La presión de su gente había forzado a Wise a presentarse en un papel estelar en las grandes protestas neoyorquinas, y eso lo había prestigiado como “líder del movimiento antinazi.” Pero lo que hacía Wise—documentado por Black—era utilizar aquel prestigio para frenar el movimiento pro boicot. Ahora vemos que este hombre—“a quien la gente escucharía” por el innecesario barniz antinazi que en realidad era consecuencia de la militancia de sus filas—estaba “más decidido que nadie” a impedir la Conferencia Económica Mundial Judía cuyo fin era organizar el boicot.

El verdadero boicotista, Samuel Untermyer, muy popular con la gente del Congreso de Wise, amenazaba con arrebatar a Wise el liderazgo de la judería mundial. De triunfar la conferencia de Melchett, Wise será desplazado, Untermyer coronado, el boicot organizado, y el nazismo aplastado.

El golpe de Untermyer

Stephen Wise movilizó todo su prestigio para convencer a Melchett de unirse mejor al Congreso Mundial Judío que Wise habría de organizar y que, según prometía Wise, organizaría el boicot. Eso era una mentira: *la cima de ese Congreso Mundial Judío estaba poblada de líderes establecidos que se oponían a la agitación antinazi.*

Al ver que Melchett claudicaba, Untermyer y aliados anunciaron el 18 de julio que en 48 horas ellos mismos organizarían la Conferencia Económica Mundial Judía en Ámsterdam.

Este anuncio fue apoyado inmediatamente por todos los grupos pro boicot. Un artículo del *New York Times* identificó el golpe de Untermyer correctamente como una batalla por el liderazgo del pueblo judío entre los judíos del Este europeo [pro boicot] y los del Oeste [antiboicot].⁷⁷

Melchett apoyó la conferencia.

Untermyer tenía muchos admiradores en la cima del Congreso Judío Americano, en Nueva York. Ellos “se preguntaban si Wise era todavía el hombre a seguir.” La temperatura pareció aproximar la revolución cuando, “en un gesto rebelde,” esos admiradores “suspendieron el subsidio de Nahum Goldmann, principal organizador de Wise en Europa.”⁷⁸ Untermyer estaba ganando. Hitler iba a perder.

Tras la conferencia, Untermyer y sus aliados establecieron la Federación Económica Mundial Judía para que mayoristas y productores alternativos no alemanes en todo el mundo se encontraran fácilmente y pudieran así doblegar

finalmente a los nazis. Propusieron a Untermyer de presidente y a Lord Melchett de presidente honorario.

Entonces: *sorpresa*. La dirigencia judía establecida había logrado en el ínterin controlar a Melchett y éste ahora se rehusaba. Añadió en público que ¡se oponía a una declaración oficial de boicot! Para principios de agosto la transformación de Melchett se completó cuando se retiró por completo del esfuerzo antinazi, y eso agradó tanto a los líderes establecidos que algunos lo querían postular para presidente de la Organización Sionista. Wise, por su parte, comenzó “una campaña de sabotaje” contra el esfuerzo de Untermyer.⁷⁹

Wise revira. Untermyer regresa. Wise remata

Pese a todos los esfuerzos de los líderes establecidos, el fervor pro boicot antinazi crecía mucho en las filas del Consejo de Diputados de los Judíos Británicos, un fenómeno paralelo a lo que sucedía en su contraparte estadounidense, el Congreso Judío Americano de Stephen Wise. Nuevamente el futuro del Tercer Reich estaba en la balanza. Si esta gran organización se aliaba con el esfuerzo ya considerable de Untermyer habría más que suficiente para dar el empujón faltante y patear a Hitler al precipicio.

Cuando los diputados se reunieron el 23 de julio para deliberar y luego votar sobre la cuestión del boicot, Neville Laski, su líder, les confesó en secreto que había negociaciones importantes con el Tercer Reich para transferir a los judíos alemanes a Palestina. Buscó aplastar la sorpresa de su gente con un discurso apasionado y mojigato, de una hora, insistiendo una y otra vez que ésta era la forma de proteger a

los judíos alemanes. Afirmó enérgico que el boicot antinazi amenazaba con sabotear su fenomenal ‘solución.’ Aquellas negociaciones—mismas que Laski no explicó en detalle—eran las que por un lado conducía Sam Cohen y por el otro la Organización Sionista. Luego del discurso de Laski, a nadie le fue permitido tomar la palabra en exceso de cinco minutos, y “sólo a uno o dos de los militantes pro boicot” se les dio eso siquiera.⁸⁰

Para entender el impacto sobre los escuchas es menester haber comprendido que, a diferencia de los gentiles, a los judíos les resulta casi imposible dudar de las buenas intenciones de sus líderes. La idea misma de una traición es demasiado dolorosa: casi prefieren morir (o sin el ‘casi’). Como esta PARTE 7 es en su totalidad testimonio del problema no me desvío ahora con la demostración. El punto es que si aceptamos provisionalmente la realidad de este rasgo cultural y psicológico podemos entender entonces que las mentes en la audiencia de Laski, luego de escuchar que estaba *negociando con los nazis*, concluyeran que debía ser *para bien*. Temiendo dañar una negociación secreta que no entendían pero que había sido presentada como la presunta salvación de los judíos alemanes, y queriendo creer en las buenas intenciones de sus líderes, votaron en contra del boicot.⁸¹

Nuevamente, los líderes judíos establecidos habían salvado a Hitler en el momento justo.

Para que pueda apreciarse aquello observamos que para finales de julio las industrias transportistas, médicas, acereras, y vinícolas de Alemania habían quebrado o poco les faltaba.⁸² El mismo 23 de julio del voto antiboicot en el Consejo de Diputados Judíos, Goering anunciaba en conferencia de prensa

“medidas extraordinarias para combatir cualquier insurrección en los rangos nazi.” Si los líderes nazis tenían que apretar más para evitar rebeliones en su propio partido es que el Tercer Reich estaba al borde. Desesperado, Goering inclusive trataba de abolir el violento boicot antijudío en Alemania para negarle combustible al movimiento antialemán. Los nazis, empero, eran difíciles de controlar y la persecución antisemita continuaba “enérgica y públicamente.” “Pero a pesar de todos esos... incentivos seductores para estrangular económicamente al Reich los líderes judíos importantes hacían todo lo posible en el mes de julio por bloquear el boicot antinazi.”⁸³

Estaban bien coordinados:

Justo después de que los Diputados dieran su voto final el 23 de julio, Nahum Goldmann [brazo derecho de Wise], organizador principal del Congreso [Judío Americano], regresó a Ginebra y le escribió inmediatamente una carta... a su amigo Sam Cohen, que para entonces había llegado a Londres. ...Al final de la carta escribió: “Stephen Wise está en París y llegará aquí [Ginebra] el jueves por la noche.”—Black (1984:212-13)

¿Qué sucedía con estos ‘líderes’? ¿Eran ignorantes y estúpidos? ¿Elegían de buena fe una mala estrategia?

Esa hipótesis no encaja. A finales de julio el Ejecutivo Sionista evaluó una investigación detallada de Leo Motzkin, cabeza del Comité de Delegaciones Judías de Ginebra, sobre las condiciones de los judíos alemanes. Aquel reporte afirmaba que “ ‘nunca se sabrá el número real de incidentes de crueldad y violencia.’ ” Sobre las posibilidades de transferencia a Palestina concluía que, fuera de algunos jóvenes, los judíos

alemanes no querían irse, y “aunque la emigración salvaría a los jóvenes, sólo un boicot internacional intensificado ayudaría a la generación mayor a sobrevivir en un Reich hostil.” El reporte recomendaba que “‘el boicot sea incrementado y extendido...’” Sin embargo, el reporte de Motzkin fue rechazado y en su lugar se aceptó la recomendación de David Werner Senator—involucrado, éste, en las negociaciones con los nazis—de hacer todo lo posible por destruir el boicot y estabilizar la economía alemana.⁸⁴ *Aquí no había buena fe.*

El Congreso Judío Americano tenía el futuro (del planeta, de hecho) en sus manos. Contaba con los recursos financieros e infraestructurales que Untermyer precisaba para producir un gran bloqueo a los productos alemanes en Estados Unidos—una enorme economía donde el boicot no era todavía muy efectivo—. En la noche del 3 de agosto, los líderes del Congreso se reunieron para votar sobre dos opciones: si elegían la primera se declaraban a favor del boicot a partir del 6 de agosto; si la segunda, entonces aplazaban el voto sobre el boicot hasta el 20 de agosto como pedía Wise desde Europa. Varios líderes abogaron con pasión por unirse inmediatamente a Untermyer; otros siguieron a Wise y se opusieron. El silencio de Wise hubiera bastado, aquí, para tumbar a Hitler, pues el voto fue diez a favor del boicot y *doce* para postergar la decisión. Un final de fotografía.⁸⁵

Así se decide la historia.

Sobre la estela de su conferencia pro boicot en Ámsterdam, Untermyer navegó el Atlántico para “regresar triunfante como principal adversario de Adolfo Hitler.” Lo esperaba “una comunidad judía lista a seguirlo y una comunidad no judía lista a unirse.” Parecía el clímax de un

gran musical hollywoodiense: entrando por mar a Nueva York el 6 de agosto, una banda sonora flotante acompañó a su barco con fanfarrias y tambores hasta el muelle, donde lo recibieron 5000 simpatizantes de varias organizaciones judías y no judías con letreros que proclamaban ‘Nuestro Líder.’ Los Veteranos de Guerra Judíos se presentaron todos uniformados. Cuando logró finalmente llegar a la calle, Untermyer vio que lo esperaban otros 10,000 admiradores. Las porras para Untermyer eran porras para el boicot antinazi.⁸⁶

Esas porras y fanfarrias podrían haber sido para los líderes judíos establecidos. *No las querían.* No querían la adoración de su pueblo.

Untermyer se fue derecho a dar un discurso por la radio donde criticó al Comité Judío Americano y a B’nai B’rith como los principales obstáculos a un boicot efectivo. Sobre el Congreso Judío Americano dijo: “‘Estoy consciente de que el noventa y cinco por ciento de sus miembros ya están con nosotros y que están siendo mal representados por dos o tres hombres que de momento se encuentran en el extranjero.’” La referencia velada era obviamente a Stephen Wise y a Nahum Goldmann. La cima del Congreso registró el mensaje y al siguiente día comenzó a fraguarse una rebelión verdadera. Se le informó a Wise que el Congreso se uniría al boicot el 20 de agosto. Untermyer, muy emocionado, confiaba que ahora sí tendría los recursos para derrotar a Hitler.⁸⁷

¡Ah no! Sus adversarios no descansaban.

El mismo 7 de agosto los líderes sionistas (¡laboristas!) obtuvieron finalmente de los nazis el reconocimiento para administrar las negociaciones del funesto acuerdo (Sam Cohen

no quedaba fuera, pero ya no monopolizaría el proceso), y se aprobó el Pacto de Transferencia que irrevocablemente comprometía a los líderes sionistas a destruir el boicot.⁸⁸ Pero, ¿podrían pararlo? Había que darle matarile a Untermyer—y rápido—. ¿Cómo?

A la semana siguiente, en un discurso público en Praga, donde el 18 Congreso Sionista estaba por comenzar, Stephen Wise se declaró *a favor* del boicot antinazi y prometió organizarlo en su Congreso Mundial Judío, programado para el 5 de septiembre. Nada más concluya el 18 Congreso Sionista, prometió, se armaría la organización central del boicot. *Jugada maestra*. En el contexto de esa declaración los otros líderes del Congreso Judío Americano se sintieron forzados a pedir que Untermyer esperara al 5 de septiembre. Como tenía pocos recursos, y como ahora era políticamente difícil seguir llamando a Wise el enemigo, Untermyer cedió.

Stephen Wise le había arrebatado la cima. Había concentrado nuevamente todas las riendas en sus manos y tendría la oportunidad de utilizar su prestigio de líder de protesta—mismo que acababa de renovar—para sabotear el movimiento de boicot.

Agosto – Septiembre: el 18 Congreso Sionista

Los boicotistas no entienden lo que tramaba Wise y se emocionaban con su declaración. El 20 de agosto Bernard Deutsch, un líder del Congreso Judío Americano a favor del boicot, anunció que el Congreso lo implementaría contra

Alemania. Condenó públicamente al amigo de Wise, Franklin Delano Roosevelt, por no protestar contra el nazismo y por impedir que se refugiaran judíos en Estados Unidos. Untermyer predijo que Alemania caería ese invierno y anunció que había mandado un cable a los líderes sionistas en Praga urgiéndoles unirse al boicot antinazi.⁸⁹

Al día siguiente, en Praga, “mientras que Jabotinsky exhortaba a sus seguidores a posponer sus riñas políticas [con los laboristas] a favor de la guerra contra el nazismo, el líder laborista David Ben Gurión... exigió a sus seguidores que hicieran lo contrario.” Aquí vemos el contraste dramático entre las prioridades e ideología de Jabotinsky y Ben Gurión. “La meta más importante del momento, declaró Ben Gurión, era limpiar el movimiento [sionista] de todo revisionismo y extender las fronteras políticas de Mapai hasta que cubrieran la Organización Sionista entera.” Ya faltaba poco para eso, luego de la paliza propinada a los revisionistas en las elecciones con la propaganda sobre el asesinato de Arlosoroff.⁹⁰

El partido laborista, controlando el 44% de los delegados, *era* el movimiento, dijo Ben Gurión. Esta nueva realidad, explicaron los líderes de Mapai, requería una nueva constitución para que el Ejecutivo Sionista pudiera expulsar grupos “indisciplinados” y/o negarles certificados de inmigración [a Palestina]. Ben Gurión proponía forzar a los revisionistas a escoger, cual Inquisición, entre una promesa de adherirse a la organización dominada por Mapai, o dejar el movimiento por completo.—Black (1984:301).

Es importante señalar *quién*—tras bambalinas—dirigía esta política de Mapai:

Los oficiales nazis habían advertido con claridad [a los líderes laboristas] que la esterilidad de la resolución del Congreso [Sionista] sobre Alemania, la supresión sin tregua de toda declaración a favor de protesta o boicot [antinazi], y la ausencia total de demostraciones hostiles contra Alemania eran los prerequisites para cooperar en el futuro [con la transferencia de judíos alemanes a Palestina].—Black (1984:305)

Ben Gurión y los jefes de Mapai, obedientes, lograron controlar totalmente el *presidium*, el cuerpo organizador del Congreso, y con ello crearon una Comisión sobre Terrorismo Palestino* para acusar a los revisionistas una y otra vez del asesinato de Arlosoroff y postergar así toda discusión sobre la crisis alemana. En su discurso inaugural, el Presidente de la Organización Sionista, Nahum Sokolow, también se mostró obediente a las indicaciones de los nazis. En un principio, cierto, expresó compasión por los judíos alemanes, pero luego añadió: “Nuestra tarea no es influenciar o criticar el desarrollo interno del pueblo alemán, que sufrió mucho durante la Guerra y también sus consecuencias.”⁹¹ Una afirmación notable, pues en ese momento “el desarrollo interno del pueblo alemán” se expresaba en la política nazi de antisemitismo, justificada con propaganda sobre el sufrimiento del pueblo alemán durante la

* En nuestros oídos modernos esto se escucha como una referencia al terrorismo *árabe palestino* pero no se trataba de eso. Es preciso recordar que en aquel momento eran los judíos quienes orgullosamente se decían ‘palestinos’ (CAPÍTULO 1). Los árabes eran árabes. La comisión de Ben Gurión hablaba del presunto terrorismo de los sionistas revisionistas.

Primera Guerra Mundial a manos de una presunta gran conspiración judía.

Luego de esto el Dr. Arthur Ruppin tomó la palabra para explicar la propuesta de Mapai: traerse a Palestina un total de 4000 judíos, y un máximo de 50,000 a 100,000 a lo largo de la siguiente década. Eso confirmaba que no se busca defender a los judíos alemanes, pues esa población, en 1933, *ascendía a más de medio millón*. En dos oraciones apresuradas, Ruppin explicó que se podía utilizar mucho del capital judío alemán gracias a un pacto de emigración con el Tercer Reich. Su texto da la impresión que estaba bastante nervioso. También que mintiera sobre el involucramiento del Ejecutivo Sionista, pues atribuyó toda la negociación a Sam Cohen.⁹²

En la noche del 24 los revisionistas querían presentar al voto de los delegados su resolución pro boicot. Los laboristas no lo permitieron. El Congreso estalló “en pandemonio total.” Algunos “rufianes de Mapai” inclusive acosaron a la esposa de Jabotinsky. Le preguntaron a Jabotinsky si deseaba presentar una denuncia y se rehusó.⁹³

Para el 25 de agosto se había filtrado a la prensa el explosivo tema del Pacto de Transferencia.

[El Pacto], todavía envuelto en ambigüedad, había provocado una tormenta de protesta en todo el mundo. Si el Pacto era lo que sospechaban los revisionistas, entonces había que discutirlo en frente de los delegados [sionistas], la media mundial, y la población judía mundial.—Black (1984:305)

Meir Grossman, un revisionista, invocó el derecho de *interpelación* para hacer un anuncio. Le informó a los

concurrentes que, según la prensa, se había concluido “ ‘un acuerdo entre los sionistas y el gobierno alemán... en que Palestina compraría el equivalente de 3 millones de marcos en bienes alemanes a cambio de que el gobierno alemán suelte una cantidad igual de propiedad judía [que tiene congelada]. Consideramos este acuerdo,’ ” afirmó tajante, “ ‘un ultraje e incompatible con los intereses morales y materiales del pueblo judío.’ ” Grossman exigió que los líderes laboristas aclarasen si esto se había acordado con su conocimiento o apoyo. Los delegados recibieron su intervención con un gran aplauso.⁹⁴

Los revisionistas estaban seduciendo a los delegados.

En vez de contestar la pregunta de Grossman, el *presidium* levantó la sesión del Congreso diciendo que era tarde y empezaba ya *Sabbat*. Los revisionistas debieron percibir una aguda hipocresía: *Sabbat* es un día sagrado para quien respeta la tradición *religiosa*, misma que los sionistas laboristas despreciaban; todos los sionistas religiosos estaban dentro del movimiento revisionista. Jabotinsky convocó una conferencia espontánea anunciando que como la Organización Sionista no se unía al boicot antinazi, “los 100,000 miembros del Partido Revisionista,” respetando el liderazgo de Untermyer, organizarían el esfuerzo antinazi “con todas sus oficinas y recursos en el mundo.” Denunció el Pacto de Transferencia como una gran humillación y prometió que los judíos del Mandato Británico de Palestina continuarían boicoteando a Alemania.⁹⁵

La noche del sábado, Berl Locker del Ejecutivo Sionista (y miembro del equipo de Sam Cohen en la negociación inicial con los nazis), alegó con santimonia y mentiras que el Ejecutivo Sionista nada había tenido que ver

con el Pacto de Transferencia. Pero se haría una investigación y un reporte, aseguró. Con esto postergó toda discusión. Luego Zalman Rubaschov (más tarde será el Presidente Zalman Shalazar de Israel) arremetió furioso que hacía falta extirpar aquella “gangrena” del movimiento sionista—pero se refería a los revisionistas—. Jabotinsky se salió. Un revisionista quiso contestar pero no había terminado todavía cuando “la delegación de Mapai entera” se paró y se fue.⁹⁶

Al reanudar la sesión los revisionistas exigieron detalles sobre el Pacto de Transferencia, pero entonces el procedimiento fue interrumpido por lo que muchos vieron como una “una emergencia creada.” Llegó un telegrama diciendo que el asesino de Arlosoroff había confesado: era revisionista. Cuando Jabotinsky regresó le explicaron lo sucedido y soltó una carcajada. Tenía que ser falso, dijo. Al día siguiente los delegados fueron informados que el telegrama había sido un fraude. “Pero la falsa alarma había servido para posponer otro día más toda discusión sobre la cuestión que realmente urgía: el Pacto de Transferencia.”⁹⁷

Los siguientes tres días fueron un asombro tras otro.

El 26 de agosto los nazis—¡los nazis!—denunciaron *en público* a los líderes del sionismo laborista por no haber expulsado todavía a los revisionistas. El 27 un periódico berlinés reportó que Alemania compraría gran parte de la cosecha cítrica de Palestina. Un escándalo. El Rabino Abba Hillel Silver de Cleveland, un sionista importante, denunció que cualquier judío palestino pudiera comerciar con los nazis. Untermyer atacó el Pacto de Transferencia y la cancelación del boicot que implicaba, y amenazó en un telegrama que si la Organización Sionista no repudiaba inmediatamente el acuerdo

cítrico convocaría una convención de sionistas estadounidenses para ordenar el regreso a Estados Unidos de la delegación estadounidense entera. El 28 tocaba contestarle a Grossman sobre el papel de los líderes sionistas en el Pacto de Transferencia; Mapai—aprovechando que era el partido dominante y controlador del *presídium*—canceló la sesión.⁹⁸

Untermeyer había nuevamente acorralado a Stephen Wise con su ultimátum, y Wise tenía que aparentar ser pro boicot. Optó por atacar a Weizmann, su ‘rival’ en la cima,^{*} y fingió oponerse a la preferencia de Mapai por asentar en el Mandato tan sólo a un puñado de judíos marxistas. Los militantes de Mapai lo abuchearon mientras que los ingenuos revisionistas lo vitorearon. El viejo zorro de Wise—nadie se había fijado—*ni siquiera había mencionado el Pacto de Transferencia o el acuerdo cítrico*. Nuevamente suspendido sobre un peligroso vacío, Wise pisaba como siempre, con elegantísima gracia—hay que reconocerlo—, su cuerda floja.

Quien insistió sobre el tema del acuerdo fue nuevamente Meir Grossman: ¿Qué papel jugaron los líderes de

* Desde Estados Unidos Wise antes había hecho alarde de oponerse a la candidatura de Weizmann a la presidencia de la Organización Sionista. Pero esto era un juego forzado. Weizmann—aprovechando la propaganda en torno a la muerte de Arlosoroff, y queriendo destruir el boicot antinazi—dijo que no retomaría la presidencia de la Organización a menos que los revisionistas fueran expulsados. En ese contexto una postura pública a favor de Weizmann hubiera delatado que Stephen Wise era enemigo del boicot (Black 1984:287).

la Organización Sionista en las negociaciones con los nazis?, preguntó. Con la espalda contra la esquina, el Ejecutivo Sionista dijo que lo explicaría al Comité Político—conformado por Grossman, Stephen Wise, David Ben Gurión, y otros—en sesión privada.⁹⁹

En esa sesión privada, uno tras otro, los testigos—E.S. Hoofien (del Banco Anglo Palestino), Berl Locker, Arthur Ruppin, y Sam Cohen—mintieron. Afirmaron que el Pacto de Transferencia no afectaría el boicot, que lo había negociado Sam Cohen, nada más, y que el Ejecutivo Sionista no había tenido vela en el entierro. Los líderes sionistas, en otras palabras, se lavaban las manos de haber negociado con los nazis mientras defendían el fruto de esa negociación. Semejante finta surrealista era, naturalmente, harto incómoda, y los revisionistas vieron su oportunidad. Ahora sí podrían convencer a los delegados de anular el Pacto de Transferencia. ¿Qué podía hacer Mapai? “Mapai no podría parar esto más que intensificando sus acusaciones contra los revisionistas de haber matado a Arlosoroff.”¹⁰⁰ Otro doblez surrealista: el pacto traidor con los nazis sería salvado representando a su negociador principal como un mártir caído por la causa judía.

Mientras tanto,

Hora tras hora, noche tras noche: la crisis en Alemania fue omitida de la agenda. La amenaza del hitlerismo fue hecha a un lado. Los nazis deben haber estado sonriendo.—Black (1984:325-32)

Wise hábilmente reemplazó el ultimátum sin tregua de Untermeyer con uno más débil: “O el Comité Político clarificaba cómo el Pacto de Transferencia *no* sería una gran violación del boicot, o Wise produciría una declaración a

nombre de la delegación estadounidense entera condenando el pacto.” Eso tenía cara de amenaza, diseñada para que Wise pareciera muy macho, pero en realidad daba una salida a los líderes del sionismo laborista que habían negociado el Pacto. A pesar de estas maniobras, empero, crecía tanto el enojo con el Pacto de Transferencia que Mapai creó el 31 de agosto una sesión especial nada más para atacar a los revisionistas por ser presuntamente responsables del asesinato de Arlosoroff y con ello distraer el asunto. Presentaron una resolución para establecer un panel inquisitorio de investigación con autoridad para expulsar a los revisionistas. No permitieron que se discutiera la resolución. Fue aprobada.¹⁰¹

Increíble: ese mismo día ¡los nazis publicaron el texto del Pacto de Transferencia!

El texto demostraba el involucramiento del liderazgo laborista en la negociación. ¿Se arrepintieron entonces los laboristas? ¿Lograron manifestar una pizca de vergüenza? Para nada. Pero su posición estaba ahora muy comprometida. “Para el 2 de septiembre,” la víspera del cierre del Congreso, “inclusive algunos de los más ardientes defensores del Pacto en Praga” estaban cambiando de parecer. Sin más remedio, Wise se vio forzado a exigir que el Congreso adoptara una resolución condenando el Pacto, o quedaría expuesto a la vista de todos.¹⁰² Después de todo, Wise había prometido organizar el boicot luego del Congreso Sionista.

El clamor por repudiar el acuerdo con los nazis creció cuando Ruppín confesó que el Ejecutivo Sionista, de hecho, sí había venido dirigiendo las negociaciones. Todavía contra la esquina, y forzado a preservar su prestigio ‘pro biocot,’ Stephen Wise se unió a una resolución de Meir Grossman para

anular el Pacto. Entonces Moshe Sharett, máximo aliado de David Ben Gurión, contradijo a Ruppín aseverando que la Organización Sionista no había visto el acuerdo sino hasta un día antes de firmarlo.¹⁰³ Más surrealismo: ¿Se había firmado un pacto con los nazis luego de considerarlo *un solo día*? ¿Ésa era su defensa?

Mapai sabía que estaba aislándose sobre esta cuestión. El Pacto de Transferencia podía ser repudiado al siguiente día en la sesión final del Congreso. Anulado el Pacto de Transferencia, quedaría sólo el boicot, y el boicot quería decir el regreso del revisionismo. No podían permitirlo.—Black (1984:305)

Entonces Mapai utilizó su superioridad numérica de 44%, con algunos aliados en otros partidos, para aprobar una resolución por encima de todas las protestas.

[Ésta resolución] prohibía toda forma de protesta antinazi, incluido hacer campaña contra el Pacto de Transferencia. Bajo la resolución, todo el que rompiera con las estipulaciones de disciplina sería suspendido y juzgado por un tribunal especial... con el poder de expulsar a la persona o partido de la Organización Sionista.—Black (1984:335-43)

Los cansados y confundidos delegados, renuentes a aliarse con el supuesto ‘terrorismo’ de los revisionistas (presuntos asesinos de Arlosoroff), no querían ‘guerra civil,’ y *quieren confiar en las buenas intenciones de sus líderes*. Mapai logra convencerlos de votar a favor del acuerdo con los nazis, el acuerdo que destruiría el boicot antinazi.

¿Se había salvado Hitler?

Septiembre: Stephen Wise propina el golpe de gracia al boicot

El boicot antinazi estaba a punto de desmoronarse. Será casi imposible continuar ahora que la Organización Sionista—percibida en todo el mundo como una importante agrupación judía—había quedado expuesta ¡como firmante de un pacto con los nazis para anular el boicot! Eso confundiría y desmoralizaría a los boicotistas en todos lados. Sobre todo a los cristianos. ¿Por qué habrían de luchar por defender a los judíos alemanes cuando los propios líderes judíos hacían pactos con los nazis para sabotear sus esfuerzos?

En teoría podía salvarse todavía el movimiento si el Congreso Mundial Judío se declaraba a favor del boicot y lo organizaba. Pero no olvidemos que quien convocaba ese Congreso era el rabino Stephen Wise.

Como antes vimos, fue para evitar que Untermyer arrebatara el liderazgo de la protesta antinazi que Wise había prometido, una vez concluido el Congreso Sionista, lanzar desde Ginebra la infraestructura para finalmente *organizar centralmente, a nivel mundial*, el boicot contra los nazis, a través de su Congreso Mundial Judío. El Congreso Sionista había concluido. ¿Qué haría Wise? El 5 de septiembre, en el discurso inaugural de su nuevo Congreso Mundial Judío en Ginebra, Wise anunció que organizaría el boicot.¹⁰⁴ Pero era difícil anunciar otra cosa, pues los presentes a eso habían venido. Ahora faltaba ver que Wise realmente cumpliera.

Aplicando presión, la Organización Sionista había logrado que el Consejo de Diputados de los Judíos Británicos—una de las organizaciones más importantes—no

asistiera a Ginebra.¹⁰⁵ Pero había también presión del otro lado: el 6 de septiembre Untermyer consiguió que la Asamblea de Rabinos Hebreos Ortodoxos de Estados Unidos y Canadá, con el apoyo del Rabino Abraham Kook, el rabino en jefe de Jerusalén, impusiera una maldición oficial—*jerem*—sobre los bienes alemanes, declarándolos intocables, y situando a los judíos religiosos, de forma dramática, en oposición a los nazis y a la Organización Sionista.¹⁰⁶

Pero el mismo 6 de septiembre Stephen Wise y Nahum Goldmann ya trabajaban duro para timonear las cosas hacia el sabotaje del boicot. Goldmann anunció que el Pacto de Transferencia negociado y defendido por la Organización Sionista era compatible con las metas del Congreso Mundial Judío. ¿Qué? Los participantes no entendían nada. Y con razón. ¿Acaso la Organización Sionista no había estado haciendo todo lo posible por destruir el boicot antinazi? ¿No era esa la consecuencia de firmar el Pacto de Transferencia? ¿No se suponía que el Congreso Mundial Judío habría de *organizar* aquel boicot antinazi?

Eso ya no estaba claro.

En su discurso del mismo día, Wise hizo como Goldmann y defendió a la Organización Sionista. Dijo: “ ‘No creo que el boicot haya sido violado y pisoteado por nuestros hermanos judíos y sus representantes en Palestina.’ ” La guerra es la paz, la libertad es la esclavitud, y prohibir y anular el boicot no es ni violar ni pisotear el boicot. Sobraba material aquí para inspirar a George Orwell. Luego Wise lanzó otra de sus inimitables ‘amenazas’ llenas de histriónico *sturm und drang* que en realidad no amenazaban a nadie: “ ‘Si alguien me demuestra que algún judío dentro o fuera de Palestina, o

cualquier representante de los judíos, ha sido tan bajo como para tratar de comerciar con Alemania para ganar dinero, atestiguo que no soportará su vida...’ ”¹⁰⁷ Pero el verdadero problema con el Pacto de Transferencia—mismo que Wise andaba disculpando—no eran los *motivos* pecuniarios que lo pudiesen haber inspirado, o que alguien se hubiera de hecho enriquecido, *sino su efecto para la seguridad de cientos de miles—a la larga, de millones—de judíos*. Y también millones de gentiles. El Pacto salvaría a Hitler. Ése era el problema.

El 7 de septiembre se les salieron un poco las cosas de las manos a Goldmann y a Wise, pues los delegados del Congreso Mundial Judío exigieron una resolución condenando a la Organización Sionista. Goldmann entonces dio un discurso negando que el Ejecutivo Sionista hubiese negociado el acuerdo (pero sin negar que lo hubiera bendecido), negando que el acuerdo atentara contra el boicot, y *defendiendo el acuerdo*. Cuando vio que no convencía a nadie declaró desesperado que era “absurdo” (¡absurdo!) decir que no se pudiera negociar con Alemania. No convenció a nadie. Entonces anunció, en calidad de organizador del Congreso Mundial Judío,

“...que no permitiremos que este foro se utilice para maniobras antisionistas y les estoy pidiendo que no insistan en resoluciones dirigidas en contra de la Organización Sionista. Esta conferencia es para decidir sobre la cuestión del boicot. Pero lo que se hizo aquí [con el Pacto de Transferencia] era totalmente necesario y no fue un crimen.”—citado en Black (1984:355)

Otros participantes reviraron que el Congreso Mundial Judío debía tratar el asunto del Pacto de Transferencia que

había firmado la Organización Sionista con los nazis, pues aquel acuerdo exigía nulificar el boicot, y por lo tanto una cosa y la otra estaban orgánica y estructuralmente ligadas. A esto siguió una discusión agitada, y Goldmann defendió el acuerdo con los nazis *como una obligación sionista* (¡?).

El 8 de septiembre, el día final, Stephen Wise leyó en público su ‘declaración de boicot.’ Se suponía que en su última oración anunciará la formación de un Comité Central Judío para coordinar el esfuerzo en todo el mundo y destruir a los nazis. No lo hizo. Alentó simplemente la continuación del boicot *espontáneo* que había venido sucediendo sin su ayuda— a pesar de sus objeciones, de hecho—y ni una palabra sobre la *organización* del boicot que era (nada menos que) la meta misma de su Congreso Mundial Judío.

Nuevamente posando como líder de protesta, Wise había saboteado la defensa de su pueblo. Pero era un tremendo actor. Le salió tan bien el discurso que en ese momento, al parecer, casi nadie se percató: todo mundo se llevó la impresión de que Wise había anunciado la organización del boicot (en parte porque a eso habían venido, y pensaban que no podría decir otra cosa). Para ver lo que realmente sucedía, empero, bastaba ver que Wise ponía a cargo del ‘boicot’ a Nahum Goldmann.¹⁰⁸

El boicot, naturalmente, no adquirió la organización central que precisaba.

Wise luego fue a presentarse con los líderes del Congreso Judío Americano en Estados Unidos y se los encontró poco contentos. Querían saber por qué Wise había estropeado los esfuerzos de Untermyer si no quería organizar el

boicot él mismo. Algunos quisieron forzar a Wise a cooperar con Untermyer, pero los seguidores de Wise eran más numerosos y no hubo tal revolución. Wise era el fundador del Congreso Judío Americano, su líder, y querían creer en él.

Y así, con un sordo chillido final, todo se desinfló.

El boicot había sido destruido. El pueblo judío había sido traicionado. Hitler se había salvado. De aquí en adelante los gobiernos occidentales pondrían en marcha acelerada su política de ‘apaciguamiento’ con cabal impunidad, impulsando el crecimiento del nazismo hasta que ahogara al continente europeo (PARTE 4). Una vez comenzado el Holocausto, vendría la traición suprema contra el pueblo judío. Será el tema del capítulo siguiente.

Apéndice: ¿Quién mató realmente a Jaim Arlosoroff?

En el 18 Congreso Sionista cada vez que los revisionistas querían discutir el Pacto de Transferencia, los laboristas gritaban *Arlosoroff, Arlosoroff, Arlosoroff*, lo más fuerte posible, tachando a los revisionistas de asesinos y terroristas—de nazis, inclusive—con tal de no discutir su propia negociación con los nazis. Esa estrategia de guerra política fue clave para asegurar el éxito del Pacto de Transferencia. Pero no solo eso. La acusación ha rebotado cual incesante estribillo hasta nuestros tiempos, gracias al control laborista de todas las principales instituciones judías. Las generaciones venideras fueron educadas a pensar que Arlosoroff fue un santo y que los

revisionistas fueron asesinos y terroristas, manchando así el prestigio de Jabotinsky y su movimiento. Por lo cual nos incumbe preguntar, ¿acaso fueron tan estúpidos los revisionistas para entregar a sus enemigos aquel regalo de propaganda? ¿Realmente mataron a Arlosoroff?

Edwin Black apunta que en el siglo primero “los sicarios llevaban unas dagas cortas romanas y asesinaban judíos culpables de colaborar con el enemigo romano.” Comparando a estos patriotas judíos de la antigüedad* con los revisionistas de Jabotinsky en el siglo veinte, recalca el punto obvio: los revisionistas sin duda tenían *motivo*—emocional—para matar a Arlosoroff. Después de todo, Arlosoroff “trataba con todos los peores enemigos de los revisionistas: los británicos, que ocupaban la tierra; los árabes, que se rehusaban a permitir el destino judío; y los alemanes, que se dedicaban a aniquilar a los judíos.” Pero Black apunta también que Jabotinsky era un zorro, y anticipando que algunos revisionistas en su desesperación quizá desearían asesinar a Arlosoroff, había enviado “una instrucción de una palabra: ‘NO.’”¹⁰⁹ Era una política ética, pero también racional, pues de nada servía matarlo.

Inmediatamente después del balazo efectivo las autoridades británicas arrestaron a dos revisionistas—Abraham Stavsky y Zvi Rosenblatt—para que la viuda de Arlosoroff, Sima, los identificara. Era Sima, y nadie más, quien acompañaba a su marido en el momento final, y ahora dijo que, en efecto, habían sido estos dos. Luego la policía hizo una redada de la casa de Abba Ajimeir, otro revisionista, y lo

* Examinamos el papel de los sicarios en el CAPÍTULO 22.

arrestaron porque en su diario había escrito que debían celebrar una “gran victoria.”¹¹⁰

La ‘evidencia’ contra Ajimeir no es ninguna evidencia. Queda entonces el testimonio de Sima Arlosoroff. La pregunta obvia: ¿Cuál es la probabilidad de que Sima pudiera identificar correctamente a los asesinos?

Luego de una situación traumática es a menudo difícil para el testigo recordar con precisión lo sucedido, e inclusive identificar a los presentes en la escena—tanto, que los estudiosos del sistema legal estadounidense explican que “aceptar identificaciones equivocadas es la principal causa de condenas injustas”—.¹¹¹ El problema es agudo inclusive cuando sucede todo a luz plena, pero Arlosoroff fue asesinado en una noche sin luna en la playa de la muy primitiva Palestina de 1933: oscuridad casi total. Además, antes de disparar, los asesinos alumbraron con una linterna la cara de su marido (ella caminaba junto a él, o sea que también fue deslumbrada).¹¹² ¿Pudo ver cosa alguna? Ella, de hecho, tenía muchas dudas sobre la identificación, como era de esperarse, pero “Sima Arlosoroff estaba bajo una tremenda presión de los líderes de Mapai,” el partido de David Ben Gurión, “para que mantuviera su testimonio a pesar de sus dudas.”¹¹³

Es decir que la ‘evidencia’ contra los revisionistas es cabalmente impugnable.

El testimonio, existen datos para pensar que los asesinos ni siquiera eran judíos. Después del disparo Sima gritó: “¡Auxilio, auxilio! ¡Le dispararon judíos!” sin duda porque sabía que muchos odiaban a su marido y porque, momentos atrás, cuando se habían percatado de dos siluetas en

la oscuridad, Arlosoroff la había calmado diciéndole que no se preocupara, que eran judíos. Sin embargo, inmediatamente previo al disparo los asesinos se habían dirigido a ellos con una construcción hebrea *incorrecta*, y Arlosoroff, agonizante, corrigió los gritos de su mujer: “No, Sima, no.”¹¹⁴ Todo esto según el testimonio de la propia Sima. Para cuando había comenzado el juicio, un árabe arrestado por otro crimen confesó ser el asesino de Arlosoroff. Luego dijo que no, luego volvió a confesar, y finalmente denunció su testimonio anterior diciendo que los revisionistas acusados le habían pagado por decir aquello.¹¹⁵ Si bien es graciosa la idea de un hombre que se declara culpable de asesinato a cambio de un pago, no podemos decir que sea *imposible*, en principio, que el último testimonio de este árabe fuera el verdadero. Pero una pregunta más interesante es la siguiente: dado que las autoridades británicas eran aliadas de Mapai y enemigas de los revisionistas, ¿acaso no es posible que presionaran a este árabe que ya tenían en la cárcel para que cambiara su testimonio, como igualmente habían presionado a Sima para persistir con su identificación?

Finalmente está la pregunta: ¿Por qué los asesinos no mataron a Sima? No se oponían al asesinato, eso es obvio, y como Arlosoroff y su mujer caminaban solos en la playa en una noche perfectamente oscura, de haber asesinado a Sima los criminales habrían casi asegurado su impunidad. Pero si los asesinos querían que viviese Sima precisamente para que, bajo presión de los líderes de Mapai, señalara a los revisionistas Stavsky y Rosenblatt como los supuestos asesinos, entonces tiene sentido que la dejaran con vida.

La calidad de la evidencia en contra de los revisionistas puede inferirse de lo siguiente: “En menos de un año Rosenblatt, el supuesto asesino, y Ajimeir, el supuesto cabecilla, fueron ambos exonerados debido a la evidencia conflictiva,” muy a pesar de que las autoridades británicas y laboristas claramente tenían todo el afán de culparlos y todas las riendas en sus manos. Stavsky sí fue declarado culpable y sentenciado a muerte, mas liberado después a razón de irregularidades.¹¹⁶ En fin: no es precisamente fácil defender el argumento de que fueron los revisionistas quienes asesinaran a Arlosoroff.

Pero todo el escándalo sirvió para acusar a los revisionistas de ser asesinos, terroristas, *nazis*. Muy aparte del caso Arlosoroff, ¿había siquiera un pizca de verdad en estas acusaciones?

Paréntesis: las acusaciones contra Jabotinsky

La postura documentada de Jabotinsky es que era profundamente antirracista; lo escandalizaba, por ejemplo, la forma como trataban a los negros en Estados Unidos, cosa que presenció cuando viajó a aquel país.¹¹⁷ Y “Jabotinsky de hecho denunciaba el totalitarismo y defendía la democracia liberal.”¹¹⁸ No era fascista ni mucho menos. Pero a los líderes laboristas les funcionaba muy bien acusar a Jabotinsky de supuesto fascismo y tenían ya tiempo utilizando esta estrategia—no empezó con la muerte de Arlosoroff—.

La sionista laborista Marie Syrkin denunciaba el revisionismo, comparándolo con el “fascismo alemán o italiano,” y James, el hijo de Stephen Wise que editaba la revista mensual *Opinión*, criticaba lo que

consideraba las “tendencias fascistas” del movimiento revisionista. En un ataque muy duro contra el revisionismo, Stephen Wise denunció en 1935 su “militarismo” y el que abogara por la “explotación social,” diciendo que aquello demostraba que [el revisionismo] se había vuelto “el fascismo en yidish o hebreo.”—Wyman & Medoff (2002:19)

Eso de la “explotación social” que supuestamente apoyaban los revisionistas era una distorsión típica de los marxistas en el movimiento laborista, para quienes la preferencia revisionista por el libre mercado supuestamente los volvía enemigos de los trabajadores. Eran los laboristas, empero, quienes hacían peligrar las vidas de los judíos más pobres, pues despreciaban especialmente a sus hermanos polacos y rusos y buscaban traerse a Palestina a unos cuantos ricos judíos alemanes, ¡para lo cual tramaban salvar a Hitler! Los campeones de las empobrecidas masas de la judería europea eran *los revisionistas* (CAPÍTULO 27).

Es importante aclarar un punto clave. Por ser miembros de una cultura organizada alrededor de la ética, y por haber pasado tantos siglos agachando la cabeza en tierras antisemitas, el uso de la fuerza es en lo sumo incómodo para los judíos. En parte por eso fue tan difícil la autodefensa judía durante el Holocausto. Y por eso también era tan efectiva la propaganda de Stephen Wise y de otros que se apoyaba en el entrenamiento militar de los revisionistas para achacarles un supuesto ‘fascismo.’ Acusaban a las tropas paramilitares de Betar de imitar las tropas de asalto nazi porque aquellas vestían camisas pardas y los betaristas también. Pero esa evidencia más bien habría servido para alegar que *los nazis* querían ser *judíos*, pues “el movimiento revisionista,” como explicó exasperado un

seguidor de Jabotinsky, Peter Bergson, “usaba camisas pardas mucho antes que Hitler.” De cualquier manera, dice Bergson, “los revisionistas finalmente optaron por camisas azules, pues se cansaron del argumento, que les era repugnante, aunque ellos hubieran sido los primeros.”¹¹⁹

Hoy en día las acusaciones de supuesto fascismo contra Jabotinsky y sus seguidores continúan porque, como veremos más tarde, el sionismo laborista logró quedarse con el liderazgo de todas las instituciones importantes de la judería israelí y mundial. Pero son acusaciones gratuitas, espurias. No puede objetarse que Jabotinsky armara a los judíos contra los ataques de los antisemitas, pues quien venga a matar a gente inocente porque practica una u otra religión se ha ganado una bala. Aunque en una civilización antisemita sea difícil reconocerlo, el argumento universal que justifica la violencia en defensa propia se aplica también a los judíos. Jabotinsky era *patriota*.

Cierto, Jabotinsky había entrenado a algunos de sus paramilitares en la Italia de Mussolini, y Mussolini era fascista. Pero Jabotinsky necesitaba que *alguien* le proporcionara entrenamiento militar a su gente, y en aquel entonces “Mussolini repetidamente ridiculizaba la orientación racista y antisemita de Hitler.” Había muchos judíos en el movimiento del dictador italiano, y en su gobierno, y poco antes del boicot antijudío de Hitler fechado 1 de abril de 1933, “Mussolini ordenó a Vittorio Cerruti, el embajador italiano en Berlín, que presentara una fuerte queja con el Ministerio de Relaciones Exteriores [alemán].”¹²⁰ Ningún gobierno occidental lanzó una protesta semejante—al contrario, como vimos, buscaban la forma de satisfacer las demandas de Hitler (y rápido)—. Y durante la primera mitad de los 1930s Mussolini seguía aliado

formalmente con las democracias occidentales y no estaba claro que se aliaría con Hitler (CAPÍTULO 12). Cuando Mussolini se alió con Alemania y bajo presión de Hitler adoptó políticas antisemitas Jabotinsky inmediatamente rompió con él, cosa que inclusive quienes alegan el supuesto fascismo de Jabotinsky se ven forzados a reconocer.¹²¹ Y no fueron los revisionistas sino *los sionistas laboristas*, como arriba vimos, quienes buscaron entrenamiento para sus tropas *en la Alemania nazi*, y en pleno despliegue de persecución antisemita, misma que los laboristas aprovecharon para traerse a un puñado de judíos alemanes, por la fuerza, a Palestina.

Las acusaciones contra Jabotinsky son inversiones orwellianas.

Razones para sospechar de los laboristas

Hemos visto que los revisionistas, controlando la mitad del movimiento sionista, se preparaban para destronar a los laboristas del Partido Mapai (liderado por David Ben Gurion) en el 18 Congreso Sionista, y que su agitación pro boicot los estaba volviendo muy populares. Se venía una especie de revolución en la Organización Sionista que le daría un carácter claramente revisionista. Con ello la Organización podría organizar ella misma el boicot. Sería el final de Hitler.

Pero entonces Arlosoroff fue asesinado y David Ben Gurión y su partido Mapai aplicaron una estrategia de guerra política, acusando a los revisionistas del asesinato. Esto empujó la controversia a favor de los laboristas. Gracias a esto, y a irregularidades electorales, ganaron más votos en las elecciones que precedieron el 18 Congreso Sionista. Luego utilizaron su

abrumadora ventaja porcentual para controlar el Congreso y evitar que se descarrilara el Pacto de Transferencia con los nazis. Así, sabotearon el boicot y salvaron a Hitler. El asesinato de Arlosoroff, pues, fue *clave*. Fue esto precisamente lo que dio la victoria a los laboristas. En una investigación de asesinato siempre debe investigarse quién se beneficia del difunto.

Hay que considerar ciertos detalles.

El negociador del Pacto de Transferencia, Sam Cohen, se apoyaba sobre todo en el cónsul alemán en Palestina, Heinrich Wolff, a quien probablemente había sobornado, pues Wolff “tenía negocios secretos con Sam Cohen, incluyendo tierra que el cónsul había adquirido a través de Hanotaiah,” la compañía de Cohen.¹²² Como antes vimos, los líderes laboristas querían arrebatar a Sam Cohen la negociación con los nazis y Jaim Arlosoroff era el enviado para usurpar esa negociación en beneficio de la Organización Sionista. No estaba fácil competir con la Organización Sionista, por poderoso que fuera Sam Cohen, pues no podía jactarse como ella de representar al ‘pueblo judío.’ Entonces, para resistir el esfuerzo de Arlosoroff y quedarse con la negociación—enriqueciéndose como bandido con el dinero que arrebataría a los judíos alemanes expulsados a Palestina—, Cohen tenía que demostrarle a los nazis su capacidad individual de suprimir el boicot, pues esa era la moneda de negociación en el Pacto de Transferencia.

El 15 de junio Cohen demostró su poder: le informó a Wolff que *Doar HaYom*, el periódico revisionista en Palestina—mismo que agitaba con gran vehemencia en pro del boicot—repentinamente se callaría sobre el tema. Y así fue. De

alguna forma el millonario adquirió una palanca financiera con la cual remplazar al editor con gente suya.¹²³

La presión sobre David Ben Gurión y sus aliados era la misma: tenían que demostrarle a los nazis que podían neutralizar al movimiento revisionista. Cohen se estaba luciendo con los nazis. ¿Cómo competir para quedarse con el mando de la negociación y sus beneficios? Precisaban de algo dramático—y rápido—para anonadar la impresionante jugada de Cohen en *Doar HaYom* del 15 de junio.

Arlosoroff murió el 16 de junio.

FUENTES

- Black, E. (1984). *The transfer agreement: The dramatic story of the pact between the Third Reich and Jewish Palestine*. New York: Carroll & Graf.
- Bradfield, A. L., & Wells, G. L. (2000). The perceived validity of eyewitness identification testimony: A test of the five Biggers criteria. *Law and human behavior*, 24, 581-594.
- Brenner, L. (1983). Zionist-Revisionism: The Years of Fascism and Terror. *Journal of Palestine Studies*, 13(1), 66-92.
- Brown, M. (1989). The New Zionism in the New World: Vladimir Jabotinsky's relations with the United States in the pre-Holocaust years. *Modern Judaism*, 9(1), 71-99.
- Cornwell, J. (2000). *El Papa de Hitler: La Verdadera Historia de Pio XII*. Barcelona: Editorial Planeta.
- Churchill, W. (1948). *The Second World War: The Gathering Storm*. New York: Houghton Mifflin.
- Levin, K. (2005). *The Oslo syndrome: Delusions of a people under siege*. Hanover, NH: Smith and Kraus.

Marks, F. W. M. I. (1985). Six between Roosevelt and Hitler: America's Role in the Appeasement of Nazi Germany. *The historical journal*, 28(4), 969-982.

Naftali, T. (2005). The CIA and Eichmann's Associates. In R. Breitman & N. J. W. Goda & T. Naftali & R. Wolfe (Eds.), *US Intelligence and the Nazis* (pp. 337-374). Cambridge: Cambridge University Press.

Reynolds, D. (2001). Churchill's Writing of History: Appeasement, Autobiography and "The Gathering Storm". *Transactions of the Royal Historical Society*, 11, 221-247.

Rosenfeld, G. D. (1994). The Reception of William L. Shirer's *The Rise and Fall of the Third Reich* in the United States and West Germany, 1960-62. *Journal of Contemporary History*, 29(1), 95-128.

Shapira, A. (1992). *Land and power: The Zionist resort to force 1881-1948*. New York & Oxford: Oxford University Press.

Shirer, W. L. (1960). *The rise and fall of the Third Reich: A history of Nazi Germany*. New York: Simon & Shuster.

Simpson, C. (1988). *Blowback: America's recruitment of Nazis and its effects on the Cold War*. New York: Weidenfeld & Nicholson.

Wyman, D. S., & Medoff, R. (2002). *A race against death: Peter Bergson, America, and the Holocaust*. New York: The New Press.

¹ Reynolds (2001:222-23)

² Churchill (1948:176)

³ Rosenfeld (1994:95)

⁴ Shirer (1960:203)

⁵ Black (1984:8)

⁶ *ibid.* (p.9)

⁷ *ibid.* (pp.9-10)

⁸ *ibid.* (pp.10-11)

⁹ Explica el historiador Kenneth Levin que “poco después de subir Hitler al poder, el periódico fue presionado para que abriera sus columnas de cartas [al editor] al tema de la emergencia de los judíos alemanes, [pero] el dueño Adolfo Ochs se rehusó. Explicó que de hacerlo recibiría demasiado correo y que, bajo las reglas del *Times*, tendría que darle espacio equivalente al otro lado” (Levin 2005:139).

¹⁰ citado en Black (1984:13)

¹¹ Black (1984:13)

¹² *ibid.* (p.14)

¹³ *ibid.* (pp.14-15)

¹⁴ *ibid.* (p.12)

¹⁵ *ibid.* (p.15)

¹⁶ *ibid.* (p.18)

¹⁷ *ibid.* (p.17)

¹⁸ *ibid.* (19, 39)

¹⁹ *ibid.* (pp.18-19)

²⁰ *ibid.* (p.33)

²¹ *ibid.* (p.35)

²² *ibid.* (pp.36, 39-40)

²³ *ibid.* (p.38)

²⁴ *ibid.* (pp.47-48)

²⁵ Cornwell (2000:162)

²⁶ Black (1984:52-53)

²⁷ *ibid.* (p.53)

²⁸ *ibid.* (pp.59-60)

²⁹ *ibid.* (p.60)

³⁰ citado en Black (1984:54-55)

³¹ *ibid.* (pp.55, 61)

³² *ibid.* (p.81)

³³ *ibid.* (pp.62-63)

³⁴ *ibid.*

³⁵ *ibid.* (p.63)

³⁶ citado en Black (1984:64)

³⁷ *ibid.* (p.65)

³⁸ *ibid.* (pp.65-66)

³⁹ *ibid.* (p.72)

⁴⁰ *ibid.* (p.98)

⁴¹ *ibid.* (pp.80-82, 86, 96)

⁴² *ibid.* (pp.85, 205, 211)

⁴³ *ibid.* (pp.85-86, 134)

⁴⁴ *ibid.* (pp.86, 93)

⁴⁵ *ibid.* (pp.122-23)

⁴⁶ *ibid.* (pp.104-05, 111, 129-30)

⁴⁷ *ibid.* (pp.106, 112)

⁴⁸ *ibid.* (pp.107-08)

⁴⁹ *ibid.* (p.108)

⁵⁰ *ibid.*

⁵¹ *ibid.* (pp.173-74)

⁵² Naftali (2005b:339)

⁵³ Black (1984:173-74)

⁵⁴ Simpson (1988:253)

⁵⁵ *ibid.* (pp.253-54)

⁵⁶ Levin (1995:195)

⁵⁷ Shapira (1992:193)

⁵⁸ *ibid.* (pp.164-66)

⁵⁹ Black (1984:96)

⁶⁰ *ibid.* (pp.95-96)

⁶¹ *ibid.* (pp.99-101)

⁶² *ibid.* (p.114)

⁶³ Marks (1985:971)

⁶⁴ Black (1984:180-84)

⁶⁵ *ibid.* (p.142)

⁶⁶ *ibid.* (p.158)

⁶⁷ *ibid.* (pp.142, 288)

⁶⁸ *ibid.* (pp.188-89)

⁶⁹ *ibid.* (p.192)

⁷⁰ *ibid.* (pp.193, 217-225)

⁷¹ *ibid.* (pp.193-94)

⁷² *ibid.* (p.200)

⁷³ *ibid.* (p.209)

⁷⁴ *ibid.* (p.201)

⁷⁵ *ibid.* (p.203)

⁷⁶ *ibid.* (p.201)

⁷⁷ *ibid.* (pp.203-04)

⁷⁸ *ibid.* (pp.202-05)

⁷⁹ *ibid.* (pp.207-10, 272)

⁸⁰ *ibid.* (pp.211-12)

⁸¹ *ibid.* (pp.211-12)

⁸² *ibid.* (pp.264-65)

⁸³ *ibid.* (pp.224-25)

⁸⁴ *ibid.* (pp.255-56)

⁸⁵ *ibid.* (pp.272-76)

⁸⁶ *ibid.* (pp.276)

⁸⁷ *ibid.* (pp.276-78)

⁸⁸ *ibid.* (p.248)

⁸⁹ *ibid.* (pp.280-81)

⁹⁰ *ibid.* (p.301).

⁹¹ *ibid.* (pp.296, 305)

⁹² *ibid.* (pp.303-05)

⁹³ *ibid.* (p.309)

⁹⁴ *ibid.* (pp.312-313)

⁹⁵ *ibid.* (pp.313-14)

⁹⁶ *ibid.* (pp.314-15)

⁹⁷ *ibid.* (p.315)

⁹⁸ *ibid.* (pp.315-21)

⁹⁹ *ibid.* (322-27)

¹⁰⁰ *ibid.* (327-30)

¹⁰¹ *ibid.* (pp.332-35)

¹⁰² *ibid.* (pp.336-37)

¹⁰³ *ibid.* (pp.337-38)

¹⁰⁴ *ibid.* (p.349)

¹⁰⁵ *ibid.* (p.352)

¹⁰⁶ *ibid.* (pp.350-51)

¹⁰⁷ *ibid.* (pp.352-53)

¹⁰⁸ *ibid.* (pp.357-362)

¹⁰⁹ *ibid.* (p.149)

¹¹⁰ Brenner (1983:74)

¹¹¹ Bradfield & Wells (2000:581)

¹¹² Black (1984:151-52)

¹¹³ *ibid.* (p.157)

¹¹⁴ *ibid.* (p.152)

¹¹⁵ Brenner (1983:74)

¹¹⁶ Black (1984:157)

¹¹⁷ Brown (1989:73-74)

¹¹⁸ Wyman & Medoff (2002:19)

¹¹⁹ *ibid.* (p.124)

¹²⁰ Black (1984:62)

¹²¹ Brenner (1983:79)

¹²² Black (1984:248)

¹²³ *ibid.* (pp.148-49, 160)